

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 52

LA GLORIA DE CRISTO

*“Padre, aquellos que me has dado,
quiero que donde yo estoy, también
ellos estén conmigo, para que vean
mi gloria que me has dado”.*

Juan 17:24

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

52

La gloria de Cristo

Contenido

Carta pastoral	1
Viendo la gloria de Cristo	3
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
La gloria de Cristo	8
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
La persona de Cristo	10
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
El amor de Cristo	16
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
Los oficios de Cristo	21
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
La humillación de Cristo.....	27
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
La crucifixión de Cristo	35
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La exaltación de Cristo	40
<i>Thomas Watson (c. 1620-1686)</i>	
La belleza de Cristo	47
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
Contemplando la gloria de Cristo	49
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2025 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

CARTA PASTORAL

Queridos hermanos,

Si tienen tiempo, detengan su ocupada vida y reflexionen conmigo por unos momentos. Espero que lo hagan. Primero, háganse la siguiente pregunta y respóndanla con la honestidad del Día del Juicio: Entre los mayores privilegios y bendiciones de su vida cristiana, ¿cuáles enumerarían como los dos o tres primeros? Seguramente, algunos les vendrán a la mente. No sigan leyendo; sólo piensen por un minuto: Si alguien los presionara para responder, ¿qué incluirían en su lista? ¿El perdón de los pecados? ¿La oración? ¿Escuchar la Palabra predicada? Independientemente de lo que se les haya ocurrido, ¿“Contemplar la gloria de Cristo” estaría cerca del primer lugar de su lista? Es más, ¿*aparecería* siquiera en su lista? ¿Ha sido alguna vez este tema, un asunto serio para su meditación sincera?

Consideren esto: John Owen dijo: “Ningún hombre contemplará jamás la gloria de Cristo por la vista en el cielo si no la contempla por la fe, en alguna medida, en este mundo”. Además, Octavius Winslow lo expresa de esta manera: “Si un hombre no ve la gloria de Cristo, no dudamos en decir de él que, con respecto a todos los demás objetos espirituales, está totalmente ciego —es todavía un extraño a la gracia iluminadora del Espíritu Santo—. ¿Qué piensan ustedes de estas afirmaciones? Sean sinceros. ¿Están de acuerdo con ellas? ¿O las consideran una aberración, una exageración... tal vez una forma de misticismo? Para aumentar un poco el tono, Owen continúa diciendo: “Que nadie se engañe a sí mismo. El que no ve la gloria de Cristo aquí, nunca la verá en el más allá”. ¿En serio? Agradecemos que él se explica a sí mismo: “La contemplación de Cristo en gloria es demasiado elevada, gloriosa y maravillosa para nosotros en nuestra condición presente. El esplendor de la gloria de Cristo es demasiado para nuestros ojos físicos, tal como lo es el sol brillando con toda su fuerza. Por lo tanto, mientras estamos aquí en la tierra, sólo podemos contemplar su gloria por la fe”. Así que él no está hablando de sueños o visiones. Más bien, él dice en su famosa obra, *“Meditaciones y discursos sobre la gloria de Cristo, en su Persona, oficio y gracia: Con las diferencias entre la fe y la vista aplicadas al uso de aquellos que creen”* —o, simplemente, *La gloria de Cristo*— que sólo podemos ver la gloria de Cristo en las Escrituras, preeminente en el Evangelio, a través de la fe vivificada por el Espíritu Santo. Cuando leí por primera vez el libro de Owen, confieso que fui sorprendido, desafiado, reprendido, corregido, edificado y transformado. Y, después de orar y contemplar, me di cuenta de que el punto de Owen era sencillo, profundo y muy descuidado por la mayoría del cristianismo actual. Amigo, ¿ves la gloria de Cristo?

Leímos a Owen en nuestra reunión de oración del personal de Chapel Library y, con los corazones humillados por la verdad transformadora de

Dios, las almas reconfortadas con destellos bíblicos del Sol de Justicia, los afectos conmovidos por la impresionante belleza del Salvador y las vidas transformadas al ver a Aquel que nos amó desde toda la eternidad, te ofrecemos este Portavoz de la Gracia (PDG): *La gloria de Cristo*. John Owen, nos introduce a este tema vital explicando el gran privilegio de ver la gloria de Cristo en *este* mundo como preparación para ver su esplendor y majestad eternos en el *venidero*. A continuación, Owen explica, brevemente, que la gloria de Cristo es la gloria de la *Persona* de Cristo. Luego, Charles Spurgeon nos ayuda a vislumbrar esa gloria con un panorama notable y conciso del amor de Cristo, isu encarnación, su sacrificio expiatorio, su resurrección, su entronización y su segunda venida! ¡Oh, qué visión es ésta! Octavius Winslow declara entonces, que no hay amor como el de Cristo —un amor revelador, un amor condescendiente, un amor abnegado y un amor perdonador—. John Flavel revela, hábilmente, la gloria de Cristo en sus oficios como nuestro Profeta, nuestro Sacerdote y nuestro Rey. Enseguida, William Plumer nos da otra mirada panorámica de Cristo; pero esta vez, en su humillación, es decir, su obediente sumisión a su Padre en su vida terrenal —desde la concepción virginal hasta su sufrimiento y agonía en la cruz del Calvario—. A partir de ahí, Spurgeon nos declara que la crucifixión de Cristo es la gloria de Cristo! Presenta la revelación de Cristo levantado, atrayendo a los pecadores hacia Sí mismo, en el mayor amor jamás manifestado en este mundo depravado. Pero la historia y la gloria de Cristo no terminan ahí: Thomas Watson nos muestra que Dios Padre exaltó a su Hijo en sus títulos, su oficio, su ascensión, su sentarse a la diestra de Dios y isu juicio del mundo! Si realmente vemos a Cristo así, nuestros corazones no pueden sino quedar extasiados por su belleza y, Octavius Winslow, proclama que no hay belleza como la belleza de Cristo: —inada en el universo se le compara!—. Winslow concluye este tema, desafiándonos a *contemplar* la asombrosa gloria de Cristo. Gran parte del cristianismo actual “habla” de Jesús, pero rara vez o nunca, nos llama a *ver* su gloria. Por lo tanto, los instamos a meditar en la gloria de Cristo en este PDG, es breve y no puede alcanzar la altura, la profundidad y la anchura de la revelación bíblica de la gran gloria de Cristo; pero esperamos que saboreen lo suficiente de ella como para conducirles a las Escrituras de verdad, donde podrán meditar con todos sus corazones, en esta visión transformadora. Si no lo han hecho antes, que *ver* la gloria de Cristo se convierta en su búsqueda desde ahora hasta la eternidad.

Jeff Pollard



VIENDO LA GLORIA DE CRISTO

John Owen (1616-1683)

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Juan 17:24).

UNO de los mayores privilegios que tiene el creyente, tanto en este mundo como en la eternidad, es contemplar la gloria de Cristo. Por eso, Cristo ora: Que ellos “vean mi gloria”. Pero este glorioso privilegio no debe limitarse, únicamente, al estado celestial. Incluye el estado de los creyentes en este mundo como mostraré.

Los incrédulos no ven gloria en Cristo. No ven nada atractivo en Él. Lo desprecian en sus corazones. Exteriormente, gritan como Judas: “¡Salve, Maestro!” (Mt. 26:49); pero en sus corazones, lo crucifican. Así, lo despojan de su gloria, niegan al único “Señor que los rescató” (2 P. 2:1) y lo sustituyen por un falso Cristo. Otros piensan poco en Cristo y su gloria, y no ven ninguna utilidad de la persona de Cristo en el cristianismo —¡como si hubiera algo en nuestra religión que tuviera alguna verdad o realidad aparte de Cristo!—.

En los primeros días de la Iglesia, hubo enjambres de enfermos mentales que vomitaron muchas ideas insensatas, culminando, a la larga, en el arrianismo¹, en cuyas ruinas yacen ahora enterradas. Las puertas del infierno no prevalecieron en ellos contra la roca sobre la que está edificada la Iglesia... [Sin embargo,] muchos se oponen todavía, a la persona y gloria de Cristo, bajo la pretensión de que nada puede ser creído, excepto aquello que la razón puede entender y aceptar. De hecho, la incredulidad en la Trinidad y en la encarnación del Hijo de Dios, el único fundamento del cristianismo, está tan extendida por el mundo que casi ha demolido la vida y el poder del verdadero cristianismo. Y no son pocos, aquellos que no se atreven a dejar que la gente sepa lo que realmente creen, hacen creer a la gente que aman a Jesús, cuando todo el tiempo desdeñan, desprecian y persiguen a los que verdaderamente desean conocer nada más que a “Jesucristo, y a este crucificado” (1 Co. 2:2).

Pero Dios, en su tiempo señalado, vindicará su honor y su gloria de los necios intentos de hombres pecadores que tratan de despojarlo de ambos. Mientras tanto, es deber de todos “los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable” (Ef. 6:24), testificar de su divina

¹ **Arrianismo** – Movimiento que comenzó con Arrio, obispo de Alejandría (250/56-336 d.C.), quien enseñaba que Dios el Hijo fue creado por Dios el Padre y que, antes de esa fecha, el Hijo no existía. Los testigos de Jehová son los arrianos de la época actual.

Persona y gloria, según la capacidad que Dios ha dado a cada uno de nosotros; y he escogido hacer esto, no de manera controversial, sino para fortalecer la fe de los verdaderos creyentes, edificarlos en el conocimiento de Cristo y su gloria, y ayudarlos a experimentar lo que tienen o pueden tener, del poder y la realidad de estas cosas.

Lo que pretendo mostrar es que contemplar la gloria de Cristo, es uno de los mayores privilegios de que son capaces los creyentes en este mundo o, incluso, en el venidero. De hecho, al contemplar la gloria de Cristo, los creyentes son, primero, transformados gradualmente a su imagen y, luego, llevados al goce eterno de la misma, pues serán para siempre “semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2; 2 Co. 3:18). De esto dependen nuestras consolaciones presentes y nuestra bienaventuranza futura. Ésta es la vida y la recompensa de nuestras almas (Jn. 14:9; 2 Co. 4:6).

La Escritura nos muestra dos maneras por las cuales podemos contemplar la gloria de Cristo. Podemos contemplarla por la fe en este mundo, siendo “la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1), y podemos contemplarla por la vista en el venidero (2 Co. 5:7-8; 1 Co. 13:12).

Cuando Cristo oró “para que vean mi gloria”, se refería a la visión actual a la luz de la gloria eterna porque el Señor Jesús no excluye esa visión de su gloria que podemos tener por fe en este mundo; más bien, ora por la perfección de la misma en el cielo. Así, podemos aprender las siguientes lecciones:

Ningún hombre contemplará jamás la gloria de Cristo por la vista en el cielo si no la contempla por la fe, en alguna medida, en este mundo. La gracia es una preparación necesaria para la gloria, y la fe para la vista. El alma que no es preparada por la gracia y la fe, no es capaz de ver la gloria de Cristo en el cielo. Muchos dirán con confianza que desean estar con Cristo y contemplar su gloria, pero no pueden dar ninguna razón para este deseo, excepto que sería mejor que ir al infierno. Si un hombre dice amar y desear lo que nunca ha visto, se engaña a sí mismo...

Juan escribe, no sólo de sí mismo, sino también de sus compañeros apóstoles: “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Ahora, ¿cuál era esa gloria de Cristo que ellos vieron y cómo la vieron? No era la gloria de la condición externa de Cristo porque Él no tenía gloria ni grandeza terrenales. Él no tenía corte, ni entretenía a la gente en fiestas en una gran casa. No tenía donde reclinar la cabeza, aunque Él creó todas las cosas. No había nada en su apariencia externa que atrajera los ojos del mundo (Is. 52:14; 53:2-3). Apareció ante los demás como un “varón de dolores” (Is. 53:3). Tampoco se refería a la gloria esencial eterna de su naturaleza divina,

pues esto nadie puede verlo mientras esté en este mundo. No podemos concebir lo que veremos en el cielo.

Lo que los apóstoles presenciaron fue la gloria de “gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Vieron la gloria de la persona y el oficio de Cristo en la administración de la gracia y la verdad. ¿Y cómo vieron esta gloria? Por la fe y de ninguna otra manera porque este privilegio sólo se concedió a los que “le recibieron” y “creen en su nombre” (Jn. 1:12). Ésta fue la gloria que vio el Bautista cuando señaló a Cristo y dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

Por tanto, que nadie se engañe a sí mismo. El que no ve la gloria de Cristo aquí, nunca la verá en el más allá. La contemplación de Cristo en gloria es demasiado elevada, gloriosa y maravillosa para nosotros en nuestra condición presente. El esplendor de la gloria de Cristo es demasiado para nuestros ojos físicos, tal como lo es el sol brillando con toda su fuerza. Por lo tanto, mientras estamos aquí en la tierra, sólo podemos contemplar su gloria por la fe.

Muchos eruditos han escrito sobre este futuro estado de gloria eterna. Algunos de sus escritos están llenos de cosas excelentes que no pueden sino conmover las mentes y los corazones de todos los que los leen. Pero muchos se quejan de que tales escritos no les sirven de nada. Son como un hombre que contempla su rostro natural en un espejo y olvida inmediatamente lo que vio (Stg. 1:23-24)... Pero, ¿por qué no les impresionan estos escritos? ¿No será porque su idea de las cosas futuras no ha surgido de una experiencia que sólo la fe da?

De hecho, un alma se turbará en vez de edificarse cuando piense en la gloria futura, si no ha tenido un anticipo, sentido, experiencia o evidencia de estas cosas por la fe. Ningún hombre debe esperar nada en el cielo, si antes no ha tenido por fe, alguna experiencia de ello en esta vida. Si los hombres estuvieran convencidos de esto, dedicarían más tiempo al ejercicio de la fe y del amor por las cosas celestiales de lo que usualmente hacen. En la actualidad, ellos no saben de lo que disfrutan, así que no saben qué esperar. Es por eso que los hombres que son completamente ajenos a ver la persona y la gloria de Cristo por la fe, han recurrido a imágenes, cuadros y música para que les ayuden en su adoración.

Así, es sólo cuando contemplemos la gloria de Cristo por la fe aquí en este mundo que nuestros corazones se sentirán cada vez más atraídos hacia Cristo y hacia el pleno disfrute de la visión de su gloria en el más allá. Es al contemplar la gloria de Cristo por la fe que somos edificados y establecidos espiritualmente en este mundo porque, a medida que contemplamos su gloria; la vida y el poder de la fe se fortalecen cada vez más. Es por la fe que crecemos para amar a Cristo. Por lo tanto, si desea-

mos una fe fuerte y un amor poderoso que nos den descanso, paz y satisfacción, debemos buscarlos contemplando, diligentemente, la gloria de Cristo por la fe. En este deber, deseo vivir y morir. En la gloria de Cristo quiero fijar todos mis pensamientos y deseos; y cuanto más vea de la gloria de Cristo, tanto más se marchitarán a mis ojos las bellezas pintadas de este mundo y estaré, más y más, crucificado a este mundo. Éste se convertirá para mí, en algo muerto y podrido, imposible de disfrutar...

Contemplando la gloria de Cristo, seremos aptos y estaremos preparados para el cielo. No todos los que quieren ir al cielo son aptos y están preparados para ello. Algunos, no sólo no son dignos y están excluidos de él a causa del pecado no perdonado, sino que no están preparados para ello. Si fueran admitidos, nunca lo disfrutarían. Todos nos consideramos, naturalmente, aptos para la gloria eterna, pero pocos de nosotros tenemos idea de cuán incapaces somos en realidad, debido a que no hemos tenido la experiencia de esa gloria de Cristo que está en el cielo. Los hombres no serán revestidos de gloria, por así decirlo, lo quieran o no. Sólo la recibirán por la fe. Pero el hombre caído es incapaz de creer. La música no puede agradar a un sordo, ni los bellos colores impresionar a un ciego. ¡Un pez no te agradecería que lo sacaras del mar y lo pusieras en tierra firme bajo el sol abrasador! Tampoco un pecador no regenerado agradecería la idea de vivir para siempre en la resplandeciente gloria de Cristo.

Por eso, Pablo da “gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12). En efecto, los primeros toques de gloria aquí y la plenitud de la gloria en el más allá, se comunican a los creyentes por un acto omnipotente de la voluntad y la gracia de Dios. Sin embargo, Él ha ordenado maneras y medios por los cuales pueden ser hechos aptos para recibir esa plenitud de gloria que todavía les espera, y esa manera y ese medio es contemplar la gloria de Cristo por la fe, como veremos. Saber esto, debe estimularnos a nuestro deber porque toda nuestra gloria presente consiste en prepararnos para la gloria futura.

Al contemplar la gloria de Cristo, seremos transformados “en la misma imagen” (2 Co. 3:18). A medida que avancemos en nuestro estudio, se nos hará más claro cómo es hecho esto y cómo llegamos a ser como Cristo al contemplar su gloria.

Al contemplar la gloria de Cristo por fe, encontraremos descanso para nuestras almas. Nuestras mentes tienden a llenarse de problemas, temores, preocupaciones, peligros, angustias, pasiones desenfrenadas y lujurias. Por esto, nuestros pensamientos están llenos de caos, oscuridad y confusión. Pero cuando el alma está fija en la gloria de Cristo, entonces la mente encuentra descanso y paz porque “ocuparse del espíritu es vida y paz” (Ro. 8:6).

Al contemplar la gloria de Cristo, comenzaremos a experimentar lo que significa ser eternamente bienaventurados. “Así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17). Estaremos “con Cristo” (Fil. 1:23) que es lo mejor de todo porque allí, veremos su gloria (Jn 17:24). Y viéndole tal como es, seremos hechos semejantes a Él (1 Jn. 3:2). Ésta es nuestra bienaventuranza eterna.

El gozo de Dios por la vista se llama, comúnmente, la “visión beatífica” y es el único motivo para todo lo que hacemos en ese estado de bienaventuranza. No podemos imaginar qué es la visión de Dios y cómo reaccionaremos ante ella. Sin embargo, sabemos esto: Dios, en su inmensa esencia, es invisible a nuestros ojos físicos y lo será en la eternidad, así como siempre será incomprendible para nuestras mentes. Por lo tanto, la visión que tendremos de Dios será siempre “en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). En el rostro de Cristo, veremos la gloria de Dios en sus infinitas perfecciones. Estas cosas resplandecerán en nuestras almas llenándonos para siempre de paz, descanso y gloria.

Podemos regocijarnos en estas cosas, aunque no las podamos entender. Podemos hablar de ellas, pero nunca comprenderlas completamente. De hecho, los verdaderos creyentes experimentan una visión previa y un anticipo de esta gloriosa condición. A veces, al leer y meditar en la Biblia, nuestros corazones son llenos de tal sensación de la gloria increada de Dios brillando a través de Jesucristo que experimentamos un gozo inefable. [Así], surge esa “paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, [que] guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7). “Cristo en vosotros [los creyentes], la esperanza de gloria” (Col. 1:27) les da un anticipo de esa gloria futura. Y si alguien no conoce estas cosas, está ciego y muerto a las cosas espirituales. Es porque los creyentes somos perezosos e ignorantes que no experimentamos cada vez más en nuestras almas, las visitas de la gracia y los albores de la gloria eterna.

Tomado de *La gloria de Cristo (The Glory of Christ)*, ed. R.J.K Law (Edinburgh; Carlisle: The Banner of Truth Trust, 1994), 2-10, www.banneroftruth.org, usado con permiso.

John Owen (1616-1683): Pastor bautista congregacional, autor y teólogo inglés; nacido en Stadhampton, Oxfordshire, Reino Unido.



Como los rayos del sol, así es la gloria de Cristo, lo cual no puede decirse de ninguna criatura, que Él tiene la misma gloria que su Padre. —*Thomas Goodwin*

LA GLORIA DE CRISTO

John Owen (1616-1683)

La gloria de Cristo es la gloria de la persona de Cristo. Por eso, Él la llama “mi gloria” (Jn. 17:24), la que me pertenece a mí, a mí persona.

La primera cosa gloriosa que aprendemos sobre la persona de Cristo es que Él es la revelación perfecta del Padre. Esta revelación del Padre es para beneficio de la Iglesia, pues contemplamos “la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6).

La gloria de Dios incluye tanto las propiedades santas de su naturaleza como las cosas que Él se ha propuesto hacer. La única forma en que podemos conocer estas cosas de Dios es “en la faz” o persona “de Jesucristo-porque Él es “la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Él es “el resplandor de su gloria [la del Padre] y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3). Él es “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15).

Pero Cristo es especialmente glorioso porque Él y sólo Él, nos revela perfectamente la naturaleza y la voluntad de Dios para nosotros. Sin Cristo, no habríamos sabido nada verdaderamente de Dios porque Él habría sido eternamente invisible para nosotros. Nunca habríamos visto a Dios en ningún momento, ni en esta vida ni en la porvenir (Jn. 1:18).

En su Persona divina¹, Cristo es la imagen esencial de Dios Padre. Él está en el Padre y el Padre en Él, existiendo ambos en la unidad de la misma esencia divina (Jn. 14:10). Además, Él está con el Padre y es la imagen esencial del Padre (Jn. 1:1; Col. 1:15; He. 1:3). Pero cuando asumió la naturaleza humana, Él vino a ser el representante de la imagen de Dios ante la Iglesia, de modo que, sólo por medio de Cristo, comprendemos las cosas maravillosas y excelentes de la naturaleza y la voluntad de Dios (2 Co. 4:6). Sin Cristo, Dios seguiría siendo para nosotros el “Dios invisible”. Sólo vemos la gloria de Dios en la persona de Cristo.

Ésta es la gloria que el Padre le dio y que nosotros, por la fe, podemos contemplar. Sólo Él da a conocer, tanto a los ángeles como a los hombres, la gloria esencial del Dios invisible, sin la cual, una perpetua oscuridad habría cubierto toda la creación.

El fundamento de nuestra religión, la roca sobre la cual la Iglesia está edificada, la base de todas nuestras esperanzas de salvación, de

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 43: *La deidad de Cristo*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

vida y de inmortalidad, es la revelación que ha sido hecha de la naturaleza y de la voluntad de Dios por Jesucristo. Por tanto, si Cristo falla, si Él, la Luz del mundo se convierte en tinieblas, entonces estaremos perdidos para siempre. Pero si esta Roca se mantiene firme, la Iglesia está segura y triunfará para siempre.

Es como el representante de Dios que el Señor Cristo es sumamente glorioso. Aquellos que no pueden ver su gloria por la fe, no lo conocen. Cuando lo adoran, adoran una imagen de su propia invención. No ver que Cristo es el único representante verdadero de la gloria de Dios para las almas de los hombres es ser un incrédulo. Éste fue el triste estado de los judíos y gentiles incrédulos de la antigüedad. Ellos no lo hicieron, no quisieron, no pudieron contemplar la gloria de Dios en Él; por eso, no creyeron en Él (*Ver* 1 Co. 1:21-25). El que no ve en Cristo, la sabiduría y el poder de Dios, y todas las demás propiedades santas de la naturaleza divina —como también, ver en Él, el único camino de salvación— es, para decirlo sin rodeos, un incrédulo.

La esencia de la fe consiste en glorificar a Dios (Ro. 4:20). Pero no podemos hacerlo sin la revelación de las gloriosas cualidades de su naturaleza divina. Estas cualidades y glorias de la naturaleza divina nos son reveladas únicamente por Cristo.

Es sólo por Cristo que podemos glorificar a Dios, correcta y aceptablemente. Por lo tanto, el gran propósito del diablo, cuando el Evangelio fue predicado por primera vez, era cegar los ojos del entendimiento de los hombres y llenar sus mentes de prejuicios para que no pudieran contemplar su gloria... Esta ceguera es quitada de las mentes y los corazones de los creyentes, sólo por el poder omnipotente de Dios porque Pablo nos dice que Dios, quien ordenó que la luz resplandeciera de las tinieblas, ha resplandecido en nuestros corazones con “el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). El incrédulo mundo de judíos y gentiles pereció bajo estas tinieblas; lo mismo sucede con todos los incrédulos actuales que niegan que Jesús sea verdaderamente Dios y también, verdaderamente hombre porque si Cristo fuera sólo un hombre, nunca podría habernos representado verdaderamente a Dios porque ninguna mera criatura puede jamás representar, verdaderamente, la naturaleza divina.

Tomado de La gloria de Cristo (*The Glory of Christ*), ed. R.J.K. Law (Edinburgh; Carlisle: The Banner of Truth Trust, 1994), 11-13, www.banneroftruth.org, usado con permiso.



LA PERSONA DE CRISTO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“La luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Corintios 4:4).

LA gloria del Evangelio radica, en gran medida, en *la gloria de la persona de nuestro Señor*. Aquel que es el Salvador de los hombres —“el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Ro. 9:5)—. ¿No está escrito: “Cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios” (He. 1:6)? Junto con los ángeles de Dios, adoramos a Jesucristo como Dios.

Nuestro Redentor también es hombre —hombre como nosotros— con esta excepción: En Él no hay mancha de depravación natural y ningún acto de pecado ha manchado jamás su carácter. ¡Contempla la gloria de Aquel que es Dios y hombre, misteriosamente unidos en una sola persona!¹ Él es único: Él es el resplandor de la gloria del Padre y el hermano nacido para-la adversidad (He. 1:3; Pr. 17:17). Éste es el Evangelio —que el mismo Hijo de Dios asumió, gloriosamente, la salvación de los hombres y, por eso, “fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria...)” (Jn. 1:14)—. Si tuviéramos aquí un gran hospital lleno de enfermos, sería la mejor de las noticias para los que allí languidecen² que yo pudiera decirles que un gran médico se ha dedicado a curarlos; y cuanto más pudiera ensalzar³ al médico que ha venido a visitarlos, más buenas noticias habría para ellos. Si pudiera decirles: “El médico que viene a socorrerlos, posee una infalible sabiduría y una inerrante habilidad, y en él, se unen la ternura amorosa y el poder infinito”, ¡cómo sonreirían en sus lechos! ¡Pues sí, la sola noticia les aliviaría la mitad de sus males!

¿No debería ser mucho mejor con las almas abatidas y desesperadas cuando oyeran que Aquel que ha venido a salvar, no es otro que el glorioso Cristo de Dios? La persona misteriosamente majestuosa de Cristo es el pilar del Evangelio. Aquel que es capaz de salvar, no es un ángel ni un simple hombre, sino que es “Emanuel... Dios con nosotros” (Mt. 1:23). Infinitos son sus recursos, ilimitada es su gracia. Oh uste-

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 14: *La persona de Cristo*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

² **Languidecer** – Volverse débil y frágil.

³ **Ensalzar** – Alabar.

des, culpables, que yacen en lechos de remordimiento, listos para morir de dolor, aquí está un Salvador tal como lo necesitan. Cuando piensen en lo que son y se desesperen, piensen también en lo que Él es y anímense. Si te hiciera dudar de la deidad del Salvador, cortarí­a el fundamento de tu única esperanza; pero mientras veas que Él es Dios, recuerda que nada es demasiado difícil para Él. Si les hiciera dudar de su verdadera humanidad, también les robaría el consuelo, puesto que no reconocerían en Él, la tierna simpatía que nace del parentesco. Amados, el Señor Jesús está ante ustedes, comisionado por el Dios eterno, con el Espíritu del Señor descansando sobre Él sin medida (Jn. 3:34); y así, siendo en naturaleza y persona, el primero y el mejor, su mensaje de salvación es para ustedes, el más completo y seguro, y su gloria es el Evangelio para ustedes.

La gloria de Cristo reside, no sólo en su Persona, sino también en su amor. Recuerda esto y mira el Evangelio que se encuentra en ello. Desde toda la eternidad, el Hijo de Dios ha amado a su pueblo. Incluso desde la antigüedad, sus “delicias son con los hijos de los hombres” (Pr. 8:31). Mucho antes de venir a la tierra, Él amaba tanto a los hombres que su Padre le dio, que determinó ser uno con ellos y, por su redención, pagar el terrible precio de vida por vida. Vio a toda la compañía de sus escogidos a través de los lentes de su pre-conocimiento y los amó con un amor eterno. ¡Oh, el amor que resplandeció en el corazón de nuestro Redentor “en el principio” (Jn. 1:1)! Ese mismo amor que nunca tendrá fin. En esto consiste su gloria para nosotros. Nos amó tanto que el cielo no pudo retenerlo; nos amó tanto que descendió para redimirnos y, habiendo venido entre nosotros en medio de nuestro pecado y vergüenza, aún nos ama. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1). ¡Amor, has alcanzado tu máxima gloria en el corazón del divino Salvador! Y la gloria de este amor, la cual no tiene principio, límite, cambio ni fin, es la misma sangre vital del Evangelio. ¡El amor de Jesús son las buenas nuevas de gran gozo! Nuestro gran médico ama a los enfermos y se deleita en curarlos. Entra en los pabellones entre los lisiados⁴ y los afectados por la peste con un intenso anhelo de bendecirlos. Jesús es el amigo del pecador... ¡Un Evangelio lleno de gracia se encuentra en la gloria del amor de Cristo!

Siendo esto así, amados, a continuación vemos la gloria de su encarnación⁵. Para nosotros, fue la gloria de Cristo haber nacido en Belén y

⁴ **Lisiados** – Afectados por parálisis y temblores involuntarios.

⁵ Ver Portavoz de la Gracia N° 38: *Encarnación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

haber vivido en Nazaret. Parece una deshonra que fuera el hijo del carpintero; pero, a través de todas las edades, ésta será la gloria del Mediador⁶, quien se dignó⁷ ser partícipe de nuestra carne y sangre. Hay gloria en su pobreza y vergüenza; gloria en no tener dónde reclinar la cabeza; gloria en su cansancio y hambre. Una gloria que sobrepasa, brota del Getsemaní y del sudor de sangre, del Calvario y de la muerte en la cruz. Todo el cielo no podría darle tal renombre como el que proviene de los escupitajos y los azotes, de los clavos y las heridas. Una gloria de gracia y ternura rodea al Dios encarnado y esto, para aquellos convencidos del pecado, es el Evangelio. Cuando vemos a Dios en carne humana, esperamos la reconciliación. Cuando vemos que Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades, esperamos el perdón y la curación. Nacido de una virgen, nuestro Señor ha venido entre nosotros y ha vivido en la tierra una vida de servicio y de sufrimiento: Debe haber esperanza para nosotros. No vino al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo pudiera ser salvo por Él (Jn. 3:17). Les ruego que miren la gloria de su vida al hacer el bien, obrando milagros de misericordia, del cuidado tierno a los caídos y pregúntense si no hay en su vida entre los hombres, buenas nuevas para todos los corazones tristes. ¿Acaso Dios mismo cubrió su gloria con un velo de nuestro barro inferior? Entonces, Él quiere el bien para los hombres. La humanidad, así honrada por la unión con la Divinidad, no es totalmente aborrecida. En el Verbo hecho carne, vemos la gloria de Dios y, observando cómo predomina el amor, cómo reina la piedad condescendiente, vemos en esto, un Evangelio de gracia para todos los hombres creyentes.

La gloria de Cristo se ve, además, en su sacrificio expiatorio. Pero ustedes me detienen y dicen: “Esa fue su humillación y su vergüenza”. Sí, es verdad y, por lo tanto, es su gloria. ¿No es el Cristo, para todo corazón amante, más glorioso aún, en la muerte en la cruz? ¿Qué vestidura le queda mejor a nuestro Amado que la ropa teñida en su propia sangre (Ap. 19:13)? Él es totalmente hermoso, como quiera que se vista; pero cuando nuestros corazones creyentes lo contemplan cubierto con

⁶ **Mediador** – Literalmente, “uno que va entre”. Un intermediario. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el Mediador entre Dios y el hombre; Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo, lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara” (*Confesión de Fe Bautista de Londres de 1689*. 8.1). Ver también, Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁷ **Se dignó** – Se rebajó; concedió.

el sudor sangriento, lo vemos con adorador asombro y amor sobrecogedor. Su fluido carmesí lo engalana⁸ con un manto más glorioso que la púrpura imperial⁹. Caemos a sus pies con una reverencia siete veces más grande cuando contemplamos las marcas de su pasión. ¿No es Él, el más ilustre, aún como nuestro sustituto moribundo? Amados, aquí radica la médula del Evangelio: Jesucristo sufrió en nuestro lugar. Él “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). La gloria de su cruz, que consideramos¹⁰ mayor que cualquier otra, es el Evangelio para nosotros. En su cruz, soportó todo el peso de la justicia divina en nuestro lugar; la vara de hierro de Jehová, la cual debería habernos hecho pedazos como vasijas de alfarero, cayó sobre Él. “Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8); y en ese acto, Él mató a la muerte y venció al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo... Pero la gloria de su muerte sacrificial, por la cual Él borró nuestro pecado y magnificó la Ley, es el Evangelio de nuestra salvación.

Ahora, viajaremos un poco más allá, hacia su resurrección¹¹, donde su gloria es más palpable¹² para nosotros. Él no podía ser retenido por los lazos de la muerte (Hch. 2:24). Él estaba muerto: Su cuerpo santo podía morir, pero no podía ver corrupción; así que, habiendo dormido un poco dentro de la cámara de la tumba, se levantó y salió a la luz y a la libertad —el Cristo vivo glorificado por su resurrección—. ¿Quién contará la gloria del Señor resucitado?...

Resucitando, selló nuestra justificación¹³. Resucitando, despojó el sepulcro y liberó a los cautivos de la muerte. “Fue declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4). Regocijémonos de que Él no está muerto, sino que está “viviendo siempre para interceder por [nosotros]” (He. 7:25). Éste es el Evangelio para nosotros pues, porque Él vive, nosotros también viviremos (Jn. 14:19). Y “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25). ¡Oh, la gloria de nuestro Señor resucitado! ¡Considérala profundamente, médtala con seriedad y, al hacerlo, escucha el claro sonido de las buenas

⁸ **Engalana** – Decora, adorna.

⁹ **Púrpura imperial** – Valioso pigmento que representaba riqueza y poder en la antigüedad.

¹⁰ **Considerar** – Afirmar como un hecho.

¹¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 42: *Resurrección*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

¹² **Palpable** – Fácil de ver; obvio.

¹³ **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia de Dios, en el que Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de Él, sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida solo por fe (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 32) y ver Portavoz de la Gracia N° 4: *Justificación*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

nuevas de gran gozo! Para nuestro mayor consuelo, no miramos tanto a este precepto o a aquella promesa, sino a Jesús mismo, quien con su resurrección de entre los muertos, nos ha dado la prenda y la garantía más segura de nuestra liberación de la prisión de la culpa, de la mazmorra de la desesperación y del sepulcro de la muerte.

Una vez más, levanta tus ojos un poco más alto y observa la gloria de la entronización¹⁴ de nuestro Señor y de su segunda venida. Él está sentado a la diestra de Dios. El que una vez fue colgado en el madero de la vergüenza, ahora está sentado en el trono del dominio universal. En lugar del clavo, he aquí el cetro de todos los mundos en su bendita mano. Todas las cosas han sido puestas bajo sus pies. Jesús, “que fue hecho un poco menor que los ángeles... a causa del padecimiento de la muerte”, es ahora “coronado de gloria y de honra” (He. 2:9), y éste es el Evangelio para nosotros. Porque así queda claro que Él ha vencido a todos nuestros enemigos, y tiene todo el poder en el cielo y en la tierra a nuestro favor. Su aceptación por Dios es la aceptación de todos los que Él ama y Él ama a todos los que confían en Él. Su sentarse en la gloria es una promesa de que todos los redimidos por su sangre, se sentarán allí, a su debido tiempo.

Su segunda venida, la cual esperamos diariamente, es nuestra más divina esperanza. [Tal vez,] antes de que durmamos, “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Ts. 4:16); y “entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt. 13:43). Entonces, terminarán nuestros fatigosos días: Las pugnas de lenguas, la lucha contra el pecado, las estratagemas¹⁵ del error —todo habrá terminado— y la verdad y la santidad reinarán supremas. Oh hermanos míos, si tan solo pudiera desprenderme de los impedimentos de la boca y de la lengua, y hablar con mi corazón sin estos [torpes] órganos, entonces los haría regocijar a ustedes, en la gloria de mi divino Maestro en su trono hoy y en su gloriosa aparición a la hora señalada. Si pudiéramos verlo como Juan lo vio en Patmos, podríamos desmayarnos a sus pies; pero sería con el éxtasis de la esperanza y no con el escalofrío de la desesperación.

Fíjate en esto: Cuanto menos tengas de Cristo, menos Evangelio tendrás en que confiar. Si eliminas a Cristo de tu credo, habrás destruido al mismo tiempo, todas sus buenas nuevas. Cuanto más Evangelio queramos predicar, más de Cristo debemos proclamar. Si elevas a Cristo,

¹⁴ Ver FGB 243, *Ascension*, en inglés, (Ascensión). Disponible en CHAPEL LIBRARY.

¹⁵ **Estratagemas** – Planes o estrategias destinados a engañar a alguien o a obtener ventaja sobre él.

elevas el Evangelio. Si sueñas con predicar el Evangelio sin exaltar a Cristo en él, darás a la gente migajas, en vez de verdadero pan. En la medida en que el Señor Jesús es elevado a un trono glorioso y alto, Él llega a ser salvación para los hijos de los hombres. Un poco de Cristo significa un poco de Evangelio; pero el verdadero Evangelio es el Evangelio de la gloria de Cristo.

Tomado de un sermón predicado la mañana del Día del Señor, 31 de marzo de 1889, en el Tabernáculo Metropolitano de Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



El medio a través del cual el ojo espiritual contempla la gloria de Cristo es la fe. Es una gloria oculta hasta que el Espíritu eterno imparte este poderoso principio al alma... Si un hombre no ve la gloria de Cristo, no dudamos en decir de él que, con respecto a todos los demás objetos espirituales, está totalmente ciego —es todavía un extraño a la gracia iluminadora del Espíritu Santo—. Para ver la gloria del Redentor, el ojo debe ser espiritual —un objeto espiritual, sólo puede ser discernido por un órgano espiritual—. De ahí que el Apóstol ruegue en favor de los cristianos de Éfeso: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento” (Ef. 1-17:18). —*Octavius Winslow*

EL AMOR DE CRISTO

Octavius Winslow (1808-1878)

NO hay amor como el amor de Cristo. La asociación por contraste nos ayudará aquí. Dios, quien es amor (1 Jn. 4:8), es el autor de todo afecto humano. El amor es creación de la Deidad, el descendiente del cielo, el reflejo de Dios y aquel, cuya alma está más repleta del amor divino, es el más semejante a Dios. A pesar de que nuestra humanidad está paralizada por la Caída, manchada por el pecado, el corazón humano sigue siendo el hogar del amor en algunas de sus formas más elevadas y puras. Es imposible contemplar sus creaciones sin la más profunda reverencia. ¿Quién puede, por ejemplo, estar en presencia del amor de una madre y no sentirse asombrado por su dignidad, conquistado por su poder y derretido por su ternura?

Pero hay un amor que lo iguala, un amor que lo supera, un amor que lo sobrepasa —el amor de Cristo!—. Establece tu contraste. Selecciona entre las diversas relaciones de la vida, la más cercana y querida; escoge entre esas relaciones, el amor más profundo, más puro, más verdadero que jamás haya calentado el pecho humano, impulsando a actos generosos y nobles, a expresiones tiernas y conmovedoras, a sacrificios costosos y preciosos. Colócalo junto al amor divino que te escogió, el amor que te rescató, el amor que te llamó, el amor que te alivia, el amor cuyo párpado nunca se cierra, cuyos tonos nunca cambian, cuyo calor nunca se enfría, cuya mano nunca se retira —“el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Ef. 3:19) y es la antítesis¹ misma del egoísmo—. El amor de Cristo se destaca en la “historia del amor” como el más divino, el más santo, el más fuerte de todos los amores —inigualable, incomparable, insuperable—. ¡Oh, no hay amor como el amor de Cristo! Identifiquemos sus características:

1. El amor de Cristo es un amor *revelador*. Levanta el velo del corazón de Dios y muestra cuanto me ama ese corazón. Yo no habría sabido nada del amor de mi Padre celestial, de no ser por el amor de mi Salvador en la tierra. Y esa alma penitente y creyente que siente palpitar en su pecho el pulso más suave y gentil del amor de Cristo, conoce más el corazón de Dios, ve más la gloria de Dios y comprende más el carácter de Dios, que si la tierra, el cielo y el mar recogieran todas sus maravillas y las pusieran a sus pies.

¹ **Antítesis** – Directamente opuesto.

2. El amor de Cristo es un amor *condescendiente*². Ningún otro amor se rebajó jamás como el amor de Cristo. Ve a Belén y contempla su humildad; y cuando regreses, detente un momento en Getsemaní y mira su dolor, luego, sigue tu camino hacia el Calvario y aprende en la ignominia³, en la maldición, en la oscuridad, en el abandono, en las torturas, en la marea carmesí de esa cruz, cuán bajo ha condescendido el amor de Cristo. ¡Y todavía condesciende! Se inclina ante todas tus circunstancias. Descubrirás que éste cancelará todos los nubarrones⁴ de la culpa, aligerará la presión de cada pecado, curará las heridas de cada cruz, alcanzará las profundidades de cada pena, iluminará y alegrará la lúgubre soledad de cada camino. ¡Oh! ¿Existe un hogar en la tierra, donde el amor de Cristo ama morar más, donde lo encontrarás con más frecuencia, sí, donde siempre lo encontrarás? ¡Es el corazón —quebrantado, contrito⁵ y humillado por el pecado—!

3. El amor de Cristo es un amor *abnegado*. “También Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). Qué vida tan laboriosa, qué muerte tan sufrida fue la suya, y todo no fue más que el pago y la efusión⁶ de su amor. Él obedeció todos los preceptos de la Ley quebrantada, soportó todos los castigos de una exigente justicia. La senda que lo condujo de Belén al Calvario envolvió su solitario camino con escenas de humillación e insulto, de pruebas y privaciones⁷, la tormenta se hizo cada vez más oscura, los truenos arreciando cada vez más y los relámpagos centelleando cada vez más brillantes, hasta que sus principales horrores se reunieron en torno a la cruz y aplastaron al Hijo de Dios. ¡Oh maravilloso amor de Cristo! ¿Qué más podrías hacer que lo que has hecho? ¿Hasta qué profundidad más baja de ignominia podrías rebajarte? ¿Qué dolor más oscuro podrías soportar? ¿Dónde se ha visto jamás otra cruz que haya empalado a una víctima como ésta o que haya ilustrado tanto amor?

4. Tampoco hay ningún amor más *perdonador* que el amor de Cristo. El perdón de las ofensas es un elemento esencial del verdadero afecto. No podemos ver cómo el amor puede existir al mismo tiempo y en el mismo pecho con un espíritu inflexible, implacable, que no perdona.

² **Condescendiente** – Que desciende o se rebaja ante personas indignas.

³ **Ignominia** – Desgracia; deshonor.

⁴ **Nubarrones** – Ensombrecimientos; tiempos de oscuridad.

⁵ **Contrito** – Oprimido o quebrantado en espíritu.

⁶ **Efusión** – Torrente, derramamiento.

⁷ **Privaciones** – Falta de lo necesario.

El verdadero amor es una pasión tan única y elevada, tan divina y semejante a Dios en su naturaleza y propiedades, que no podemos concebirlo sino en alianza con todo sentimiento ennoblecedor, elevador y digno. El egoísmo, la malignidad, la venganza, la falta de caridad y todas las malas palabras son pasiones de nuestra humanidad caída y depravada, tan odiosas y degradantes que parecería imposible que pudieran existir, ni por un instante, en la misma atmósfera con el verdadero afecto.

Pero una forma aún más elevada, una encarnación más sublime⁸ del amor nos es presentada en el amor de Dios que es en Cristo Jesús. Dios no puede amar —lo decimos con reverencia— y no perdonar. Aquellos a quienes Dios ama, Dios perdona. Es incuestionable que Dios considera a cada individuo de la raza caída con un sentimiento de benevolencia porque “hace salir su sol sobre malos y buenos, y [...] hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45); pero a aquellos a quienes el amor de Dios es extendido —su amor eterno, especial y redentor— también les es extendido el perdón lleno de gracia, pleno y eterno de todo pecado. Dios no podría amar a un ser y entregarlo a manos de una justicia severa y vengadora. El amor divino nunca perderá el objeto más bajo e indigno de sus afectos.

Lector mío, si eres consciente de que amas a Dios, aunque tu afecto no sea más que una brasa que arde o una chispa que brilla tenuemente, ten la certeza de esto: Dios te amó primero (1 Jn. 4:19) y amándote, te ha perdonado; y perdonándote, te preservará en su reino celestial para que puedas contemplar su gloria y disfrutar de su presencia para siempre.

Repetimos la observación: No hay amor más perdonador que el amor de Cristo. Un amor humano puede vacilar y titubear por un instante; puede detenerse en el mal infligido, en el daño hecho, en la herida que aún sangra; puede, en su mismo silencio, hablar en tonos de inexpressable tristeza, de confianza traicionada, de sentimientos lacerados⁹, de amistad burlada¹⁰ y al corazón puede resultarle difícil readmitir al malhechor —el ofensor perdonado y la ofensa olvidada— de nuevo en sus brazos. ¡Pero no a Jesús! Él ha cancelado, obliterado¹¹, borrado toda sombra de los pecados de su pueblo y no vendrán más a la memoria. “Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré

⁸ **Encarnación más sublime** – Materialización o ilustración de un ejemplo que inspira asombro.

⁹ **Lacerado** – Desgarrado o cortado profundamente.

¹⁰ **Jugado con** – Tratado como si no fuera importante o no tuviera valor.

¹¹ **Obliterado** – Borrado, suprimido; completamente destruido.

a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mt. 18:21-22).

Contrasta este amor, lector mío —el discípulo que perdona, el Salvador que perdona— y exclama luego: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Mi. 7:18).

Tampoco hay amor, tan gentil, tan paciente, tan perdurable, como el amor de Cristo. Una y otra vez lo has cuestionado, lo has herido, lo has abandonado; una y otra vez has vuelto a él con lágrimas, confesión y humillación, y lo has encontrado tan cálido e inmutable como su naturaleza. Ha soportado tus dudas, ha guardado silencio ante tus murmuraciones, ha velado tus debilidades y se ha interpuesto mil veces entre tú y tu enemigo invisible e implacable¹². Nunca ha decaído ante tu inconstancia¹³, ni se ha congelado ante tu frialdad, ni te ha reprendido¹⁴ por tus recaídas, sino que durante todo el día, siguiendo tu camino errante y tortuoso, flotando a tu alrededor con una presencia que te acoge dentro de su escudo divino, envolvente e invencible.

¡En verdad, no hay amor como el de Cristo!

Tomado de Ninguno como Cristo (*None Like Christ*). (New York: Anson D. F. Randolph, 1868), 28-40, de dominio público.

Octavius Winslow (1808-1878): Pastor no conformista; nacido en Londres, Inglaterra, criado en Nueva York, enterrado en el cementerio Abbey, Bath, Reino Unido.



Así como toda rodilla debe doblarse ante el dominio de Cristo, así también, toda lengua debe confesar que Jesús es el Señor. (1) Los demonios y los hombres malvados se verán obligados al final, a reconocer el poder de Cristo, contra cuya autoridad siempre se han rebelado. Y así como el Faraón y los egipcios gritaron: “Huyamos de delante de Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios” (Éx. 14:25), así, los pecadores de corazón más osado, huirán un día de la presencia de Cristo e invocarán a las montañas para que los escondan “de la ira del Cordero” (Ap. 6:16). Y todos los enemigos implacables de Cristo,

¹² **Implacable** – Imposible de pacificar o de hacer apacible.

¹³ **Inconstancia** – De afectos y lealtades variables.

¹⁴ **Reprendido** – Acusado de algo malo o vergonzoso.

se verán obligados por el rencor y la rabia a morderse la lengua, rechinar los dientes y decir, como aquel maldito Juliano, el apóstata¹⁵: “Me has vencido, oh galileo”. (2) Todos los santos y los ángeles con un solo consentimiento, reconocerán y alabarán a Jesucristo como *el* Señor y como *su* Señor. Lo reconocerán como el Señor, su Hacedor y su Salvador y, por eso, clamarán: “¡Hosanna!” a Él. Y lo reconocerán como su Señor y Soberano; y arrojarán sus coronas a sus pies y con aleluyas eternas cantarán: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Ap. 5:12). — *William Taylor*

Que todo ojo creyente mire a través de la densa oscuridad y contemple a Jesús sentado hoy en el trono de su Padre. Que todo corazón se regocije al ver las muchas coronas de dominio sobre su cabeza. Ante todo, brilla en su frente la diadema eterna del Rey del cielo. Suyos son los ángeles. ¡Los querubines y serafines entonan, continuamente, su alabanza! A su mandato, el espíritu más poderoso, se deleita en volar y llevar sus órdenes al mundo más distante. Sólo tiene que hablar y se hace. ¡Se le obedece con alegría y reina majestuosamente! Sus altas cortes están atestadas de espíritus santos que viven de la sonrisa de Él, que beben la luz de los ojos de Él y que toman prestada la gloria de su majestad. No hay espíritu en el cielo tan puro que no se incline ante Él, ni ángel tan brillante que no cubra su rostro con sus alas cuando se acerca a Él. Sí, además, los muchos espíritus redimidos, se deleitan en inclinarse ante Él. Día sin noche, rodean su trono, cantando: “¡Digno es Aquel que fue inmolado y nos redimió de nuestros pecados con su sangre. Honor, gloria, majestad, poder, señorío y fuerza sean para el que está sentado en el trono y para el Cordero por los siglos de los siglos!” ¡Ser Rey del cielo sería sin duda suficiente! Cristo es Señor de todas sus llanuras ilimitadas. Él puso las piedras preciosas sobre las que se construyó la ciudad que tiene cimientos, cuyo constructor y hacedor es Dios. Él es la luz de esa ciudad, Él es el gozo de sus habitantes y su amorosa vida consiste en rendirle honor por siempre jamás. — *Charles Spurgeon*.

¹⁵ **Juliano, el apóstata** (311 o 322-363) – (Latín= *Flavius Claudius Iulianus*) o *Juliano II*. Apodado por los cristianos como "*Juliano el Apóstata*". Filósofo y emperador romano (361 hasta su muerte). Su rechazo al cristianismo y su intento de restauración del culto romano tradicional, basándolo en el helenismo neoplatónico, llevaron a que fuera considerado apóstata en la tradición cristiana.

LOS OFICIOS DE CRISTO

John Flavel (c. 1630-1691)

¿QUE oficios desempeña Cristo como nuestro redentor? Cristo, como nuestro redentor, desempeña el oficio de profeta, de sacerdote y de rey¹, tanto en su estado de humillación como en su estado de exaltación.

1. ¿Cuáles son los estados y condiciones de nuestro Redentor? Los estados de Cristo son dos, a saber, su estado de humillación y su estado de exaltación: “Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:8-9).

2. ¿Cuántos oficios corresponden a Cristo en estos estados? Cristo tiene un triple oficio, a saber, el de profeta, el de sacerdote y el de rey.

3. ¿Por qué asume Cristo estos tres oficios? Porque todos son necesarios para nuestra salvación y tenemos el beneficio de todos ellos: “...El cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30).

4. ¿Puede algún hombre recibir a Cristo en un oficio y no en otro? No. Quien quiera beneficiarse de uno [de los oficios], debe recibirlo a Él en todos: “A este, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hch. 5:31).

5. ¿Qué relación tienen los oficios de Cristo con las promesas? Las promesas brotan de ellos como de su fuente: “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén” (2 Co. 1:20).

6. ¿Qué promesas brotan del oficio profético? Todas las promesas de iluminación, guía y dirección brotan del oficio profético de Cristo.

7. ¿Qué promesas brotan del oficio sacerdotal? Todas las promesas de perdón y paz brotan del oficio sacerdotal de Cristo.

8. ¿Qué promesas brotan del oficio como rey? Todas las promesas de defensa, protección y liberación brotan del oficio como rey de Cristo.

9. ¿Cuál es la primera instrucción? De ahí, aprendemos la plenitud de Cristo para todas las [necesidades] de su pueblo: “Y vosotros estáis

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Col. 2:10).

10. ¿Cuál es la segunda instrucción? De ahí, aprendemos la locura y la miseria de todos aquellos hipócritas que se acercan, parcialmente², a Cristo.

11. ¿Cuál es la tercera instrucción? De ahí, aprendemos la singular dignidad del Señor Jesús, pues nadie ha tenido jamás todos estos oficios, excepto Cristo.

12. ¿Cuál es la última instrucción? Que la fe es un acto de consideración³ y requiere mucha deliberación.

¿CÓMO EJERCE CRISTO EL OFICIO DE PROFETA? Cristo ejerce el oficio de profeta al revelarnos por medio de su Palabra y de su Espíritu, la voluntad de Dios para nuestra salvación.

1. ¿Qué implica el oficio profético de Cristo? Implica la ceguera e ignorancia naturales del hombre: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14).

2. ¿Qué más implica? Que Cristo es el origen y la fuente de toda esa luz que nos guía a la salvación: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6-7).

3. ¿Cómo enseña Cristo a los hombres la voluntad de Dios? Él lo hace mediante la revelación *externa* de la misma: “Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable” (Hch. 3:22); y por iluminación *interna*: “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lc. 24:45).

4. ¿Qué necesidad hay, entonces, del ministerio del hombre? Muchísima porque Cristo ha instituido ministros como instrumentos por medio de los cuales Él nos enseñará: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4:11-12); “para que abras sus

² **Acercarse parcialmente** – Profesar creer en Cristo, pero no creer, verdaderamente, en la revelación completa de Él hecha en las Escrituras, es decir, confiar en Cristo como Salvador, pero no como Señor.

³ **Acto de consideración** – Acto que requiere una cuidadosa consideración y es bien pensado.

ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados” (Hch. 26:18).

5. ¿Puede un hombre conocer, salvíficamente, la voluntad de Dios sin las enseñanzas de Cristo? No; aunque el conocimiento común puede obtenerse de un modo natural, sin embargo no el salvífico: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mt. 11:25).

6. ¿Cómo Cristo ha sido designado para este oficio? Tenemos la palabra escrita para ello: “Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable” (Hch. 3:22).

7. ¿Cuál es la primera instrucción que se desprende de esto? Nadie debe desanimarse por su debilidad natural, si Cristo es su maestro: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mt. 11:25); “el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo” (Sal. 19:7).

8. ¿Cuál es la segunda instrucción? Que estar cegado espiritualmente al Evangelio es un juicio terrible: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:3-4).

9. ¿Cuál es la tercera instrucción? Que la oración es el mejor expediente⁴ para obtener el conocimiento salvador: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg. 1:5).

10. ¿Cuál es la última instrucción? Aprender de aquí, la excelencia trascendente⁵ del conocimiento de Cristo sobre todo otro conocimiento: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil. 3:8).

¿CÓMO EJERCE CRISTO EL OFICIO DE SACERDOTE? Cristo ejerce el oficio de sacerdote al ofrecerse a Sí mismo, una sola vez y para siempre, como sacrificio para satisfacer la justicia divina y reconciliarnos con Dios, y al interceder continuamente por nosotros.

⁴ **Expediente** – Medio para un fin.

⁵ **Trascendente** – Que trasciende, que va más allá, que supera a otros de su clase.

1. ¿Qué es el sacerdocio de Cristo en general? Es su expiación⁶ de nuestros pecados mediante el sacrificio de Sí mismo y la obtención del favor de Dios para nosotros: “Por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:20).

2. ¿Cuáles son las partes del oficio sacerdotal de Cristo? Tiene dos partes. *Primero*, la oblación⁷ u ofrenda de Sí mismo: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:14). *Segundo*, la intercesión por nosotros: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25).

3. ¿Cuál es el fin de la oblación de Cristo? El fin de la misma, en cuanto a *Dios*, era satisfacer su indignada justicia: “A quien Dios puso como propiciación⁸ por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Ro. 3:25). Y en cuanto a los *hombres*, para quitar de en medio sus pecados: “De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (He. 9:26).

4. ¿Cuál es la primera diferencia entre Cristo y los demás sacerdotes? Los demás sacerdotes ofrecían sangre de animales; Cristo [ofreció] su propia sangre: “No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He. 9:12).

5. ¿Cuál es la segunda diferencia? Ellos ofrecían muchos sacrificios; Cristo perfeccionó todo mediante una sola ofrenda: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He. 10:14).

6. ¿Cuál fue el sacrificio que Cristo ofreció a Dios? Su cuerpo: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (He. 10:10). Y su alma: “Cuando haya puesto su vida⁹ en expiación por el pecado” (Is. 53:10).

⁶ **Expiación** – Remoción o cubrimiento de la culpa del pecado.

⁷ **Oblación** – Ofrenda a Dios de algo valioso o precioso como sacrificio de adoración.

⁸ **Propiciación** – Apaciguamiento; pacificación; sacrificio que aleja la ira de Dios y nos reconcilia con Él.

⁹ **Vida** – En la Biblia versión King James (KJV), en inglés, usada por el autor, esta palabra es traducida como “*alma*”.

7. ¿De dónde proviene la eficacia¹⁰ de este sacrificio? De la Persona divina a la que estaba unida esa alma y ese cuerpo: “Para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch. 20:28).

8. ¿Cuál es la primera inferencia¹¹ que se desprende de esto? Que los creyentes son liberados por Cristo de todos sus pecados y deudas: “En él es justificado todo aquel que cree” (Hch. 13:39).

9. ¿Cuál es la segunda inferencia? Que es cosa temible caer en manos de un Dios absoluto: “Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?” (Lc. 23:31).

10. ¿Cuál es la tercera inferencia? Que es imposible que el hombre haga satisfacción a Dios por sus propios pecados: “JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Sal 130:3).

11. ¿Cuál es la última inferencia? Que sólo la religión cristiana pone la conciencia en paz: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:14).

¿CÓMO EJERCE CRISTO EL OFICIO DE REY? Cristo ejerce el oficio de rey al someternos a Sí mismo, al gobernarnos y defendernos, y al restringir y vencer a todos sus enemigos y a los nuestros.

1. ¿Cuán múltiple es el reino de Cristo? Doble. Primero, *interno* en el alma de los hombres: “He aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17:21). Segundo, *externo* sobre todo el mundo: “Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:22).

2. ¿Cuál es el fin del reino providencial de Cristo? El bien y la salvación de la Iglesia: “Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (Jn. 17:2).

3. ¿En qué ejerce Él su poder real? En restringir a sus enemigos y a los de su pueblo: “Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú reprimirás el resto de las iras” (Sal. 76:10).

4. ¿De qué otra manera se ejerce? En la protección de su Iglesia en medio de todos los enemigos: “Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema” (Éx. 3:3).

5. ¿De qué instrumentos se sirve Cristo? Los ángeles son espíritus ministradores: “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” (He. 1:14).

¹⁰ **Eficacia** – Poder para producir el efecto deseado.

¹¹ **Inferencia** – Conclusión a la que se llega debido a la evidencia y la razón.

Y los hombres, sí, de lo peor de los hombres: “Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca” (Ap. 12:16).

6. ¿De qué manera gobierna Cristo el mundo? Con un poder supremo: “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Ap. 19:16). Y con sabiduría perfecta: “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef.1:11).

7. ¿Qué aprendemos de esto? Que la Iglesia es salvada en medio de todos los peligros: “Porque yo estoy contigo para salvarte, dice Jehová, y destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí; pero a ti no te destruiré” (Jer. 30:11).

8. ¿Cuál es la segunda instrucción? Que los piadosos pueden confiar con seguridad en el cuidado de Cristo: “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Cr. 16:9).

9. ¿Cuál es la tercera instrucción? Que todas las conspiraciones contra la Iglesia serán, ciertamente, derrotadas: “Ninguna arma forjada contra ti prosperará” (Is. 54:17).

10. ¿Cuál es la cuarta instrucción? Da a los santos plena satisfacción en todas las condiciones: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28).

11. ¿Cuál es la última inferencia? No debemos permanecer en un temor servil a los hombres: “Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo de hombre, que es como heno?” (Is. 51:12).

Tomado de Una exposición del Catecismo Menor de la Asamblea en Las obras completas del reverendo John Flavel (*An Exposition of the Assembly's Shorter Catechism in The Whole Works of the Reverend John Flavel*), vol. 6, 181-186, de dominio público.

John Flavel (c. 1630-1691): Ministro presbiteriano inglés; nacido en Bromsgrove, Worcester, Inglaterra, Reino Unido.



LA HUMILLACIÓN DE CRISTO

William S. Plumer (1802-1880)

RESPECTO a la humillación¹ del Salvador, el lenguaje de la Escritura es contundente: “Se despojó a sí mismo², tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8). Éste es un bosquejo de la humillación de nuestro Señor, lo cual ha sido y será por siempre, la maravilla y el canto de los ángeles y de los hombres redimidos. Toda la historia de nuestro Señor en la tierra fue una serie de actos de despojarse a Sí mismo y de humillación.

Comencemos por las humildes circunstancias en las cuales, Él vino al mundo. El esposo de su madre era un artesano³, comúnmente considerado carpintero (Mt. 13:55). Tanto él como la madre de nuestro Señor, descendían de David (Lc. 2:4). Pero esta familia había caído tan bajo que cuando José y María llegaron a Belén, su ascendencia de David no les aseguró ninguna atención u hospitalidad; fueron alojados en un establo construido para el ganado. Allí, la madre de nuestro Señor, dio a luz a su hijo, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el mesón (Lc. 2:7). Y cuando lo llevó para presentarlo [a Dios en el templo,] su ofrenda fue la de los más pobres: “Un par de tórtolas, o dos palominos” (Lc. 2:24). La ley de Moisés admitía esa ofrenda para quienes “no tenían lo suficiente para un cordero” (Lv. 12:8). Así, la más favorecida entre las mujeres, se encontraba en las profundidades de la pobreza y en un gran abandono. Su primogénito compartía su suerte. Sólo he oído hablar de un niño nacido en un establo —el santo niño Jesús—.

Al nacer, nuestro Señor tenía todas las debilidades de la infancia. Era indefenso y dependiente como los demás niños. La historia inspirada nos dice que Él “crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lc. 2:52). Él tuvo las pruebas de la infancia.

Apenas se supo de su nacimiento, Herodes el Grande, un hombre cruel y sanguinario, se propuso matarlo. Mató a todos los niños pequeños en un

¹ **Humillación** – La obediente sumisión de Jesús a su Padre, expuesta en su vida humana.

² **“Se despojó a sí mismo”** – (Griego= ἀλλ’ ἐαυτὸν ἐκένωσε); significa, literalmente, “se vació a Sí mismo”.

³ **Artesano** – Experto en cualquier arte u oficio.

distrito de la tierra, con la esperanza de que así, seguro, destruiría a Jesús. Por la oportuna advertencia de Dios, aquel infante Salvador fue rescatado del mal que lo amenazaba; pero sólo mediante la huida a Egipto —Egipto, el “Rahab” y el “Leviatán” de las Escrituras—. El pueblo cruel, idólatra y degradado de aquella tierra tenía un odio hereditario e inveterado⁴ contra los judíos; pero ahora, su país era un asilo más seguro para esta bendita familia que cualquier ciudad o aldea de Judea.

A su regreso de Egipto, se establecieron en Nazaret. Por algunas razones, este lugar se había vuelto odioso⁵. Incluso, el ingenuo⁶ Natanael, compartió la aversión común y exclamó: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” (Jn. 1:46). Jesús pasó la mayor parte de su vida allí hasta que cumplió los treinta años. Nazaret no es mencionada ni una sola vez en el Antiguo Testamento, ni por Josefo⁷. La profecía decía que Cristo sería “despreciado y desechado entre los hombres” (Is. 53:3)...

Nazaret era, con gran probabilidad, tristemente célebre por la ferocidad y brutalidad de su gente (Lc. 4:16-30). No era la sede de ninguna escuela famosa. Como lugar de residencia, tenía la ventaja de la privacidad y su posición geográfica era, verdaderamente, hermosa. Aquí vivió y trabajó nuestro Señor en el mismo oficio que José; pues sus propios compatriotas decían: “¿No es este el carpintero, el hijo de María?” (Mr. 6:3). Si había alguna escuela en Nazaret, Jesús no parece haber asistido a ella; pues los judíos decían: “¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?” (Jn. 7:15). Otra parte de la humillación de Cristo, consistió en ser tentado (He. 2:18; 4:15). Es cierto que el príncipe de este mundo no halló nada en Él (Jn. 14:30). En su alma santa no había combustible para ser encendido por los dardos de fuego; pero debe haberlo llenado de angustia que le hicieran sugerencias tan sucias. Hasta donde sabemos, su primer gran conflicto con el adversario fue en el desierto. Duró cuarenta días (Lc. 4:2). Cristo estaba a punto de comenzar su ministerio público y se retiró al desierto con el mejor deseo de estar en comunión con Dios. Pero Satanás lo fastidiaba continuamente. La tentación se fue agravando cada vez más hasta el final. El adversario le tentó entonces, para que utilizara su poder milagroso para probar su deidad a Satanás y para saciar su propia hambre, dado que no había comido nada durante cuarenta días. El maligno también le tentó a un acto de presunción, arrojándose desde el pináculo del templo. Por último, le ofreció inmensas posesiones y grandes honores, los reinos del

⁴ **Inveterado** – Establecido desde hace mucho tiempo, que está arraigado profundamente.

⁵ **Odioso** – Repulsivo; detestable.

⁶ **Ingenuo** – Sin malicia y sin engaño.

⁷ **Tito Flavio Josefo** (37 d.C. - c.100) – Historiador judío-romano del siglo I.

mundo y la gloria de ellos, si cometía un acto de idolatría. El hecho de que estos asedios se le impusieran en su soledad, aumentó no poco, el poder de estos ataques. Aunque cada asalto fue un completo fracaso, el diablo se alejó de Él sólo por un tiempo (Lc. 4:13). El Salvador fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (He. 4:15).

Como Jesús nació, así vivió y murió pobre. Dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mt. 8:20). Durante su ministerio, parece que subsistió, principalmente, gracias a la caridad de algunas pobres mujeres piadosas. Sabía muy bien lo que era pasar hambre y necesidad. Cuando le exigieron un impuesto de capitación⁸, aunque para Él y Pedro no era más que media corona⁹, no pudo pagarlo sin un milagro.

Otro elemento de la humillación de Cristo es que fue designado para enfrentar extrema aflicción. Por encima de todos los que alguna vez vivieron, Él fue el “varón de dolores” (Is. 53:3). Estaba sujeto a la desilusión, al dolor, a la vejación, al sentimiento de injusticia, al sentimiento de la ingratitud de los hombres y los dolores que surgen del desprecio de todos los principios de la amistad. Su alma santa fue llena de angustia por su cruel rechazo. “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:10-11). Ninguno de los príncipes de este mundo le conoció (1 Co. 2:8). “Como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (Is. 53:3). Aquellas innumerables molestias, llamadas *desaires*, debieron haberle herido profundamente. La gente de la ciudad donde se había criado, se sintió tan ofendida por su primer sermón en la sinagoga que intentó acabar con su vida arrojándole desde una roca alta (Lc. 4:16-30). Y cuando afirmó que existía antes de Abraham, los judíos tomaron piedras para arrojarlas (Jn. 8:59). Por salvar a dos hombres de los tormentos más espantosos, seguido de la pérdida de algunos cerdos, toda la ciudad de los gadarenos, “le rogaron que se fuera de sus contornos” (Mt. 8:34). Preferían sus cerdos, sus locos y sus demonios, al Príncipe de la Paz. Después, en su juicio, los judíos gritaron: “Fuera, fuera” (Jn. 19:15). Preferían tener un asesino suelto en su comunidad, en lugar de que el Hijo de Dios enseñara por más tiempo sus doctrinas celestiales. Su clamor era: “No a éste, sino a Barrabás” (Jn. 18:40). Durante todo su ministe-

⁸ **Capitación** – Impuesto o tasa que se paga por cada persona; impuesto por cabeza.

⁹ **Media corona** – Media moneda británica que vale veinticinco peniques.

rio, los líderes entre sus enemigos, negaron que Dios le hubiera enviado (Jn. 10:24-26). Nunca una misión estuvo tan bien atestiguada. Nunca hubo atestiguaciones¹⁰ tan malignamente rechazadas.

Y nunca se habían acumulado tantos duros nombres y epítetos oprobiosos¹¹ sobre nadie. Sus enemigos decían que era un engañador (Jn. 7:12), “comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores” (Mt. 11:19). Decían que estaba aliado con el príncipe de los demonios y que obraba milagros por poder satánico. Sin duda, por encima de todos los demás, “sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo” (He. 12:3). Tampoco estas cosas dejaron de tener sus terribles efectos sobre su refinada y tierna naturaleza. “De tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer¹² y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” (Is. 52:14). Hablando en su nombre, el profeta dijo: “El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Sal. 69:20). En otra parte, el mismo profeta había dicho en su nombre: “Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza” (Sal. 22:6-7).

Los anales de nuestra raza no ofrecen paralelo a su historia en cuanto a la falta de simpatía ante los asombrosos sufrimientos. Sus enemigos no consideraron indecentes sus palabras de mofa, ni sus burlas en medio de sus agonías (Mt. 27:40-43). En su mayor prueba, cuando más necesitaba los oficios de la amistad, sus “discípulos, dejándole, huyeron” (Mt. 26:56). El más audaz de todos sus seguidores, lo negó tres veces, y hasta con juramentos y maldiciones (Mr. 14:71). Nunca un amigo expresó en su rostro tanta sorpresa, pesar y reprensión como cuando Cristo miró a Pedro después de que cantó el gallo.

No sólo fue negado por un discípulo; Él fue traicionado por otro de una manera llena de vil hipocresía, incluso con un beso (Lc. 22:48). El motivo general de su traición fue la depravación de Judas. El motivo especial fue la codicia. Sin embargo, el hijo de perdición lo vendió por la mísera suma de treinta monedas de plata, la cantidad fijada por la ley de Moisés como el precio de un esclavo, que debía pagarse a su dueño si su muerte había sido causada por la cornada del buey de un vecino (Éx. 21:32). Al hablar proféticamente de esta suma, Zacarías la

¹⁰ **Atestigüaciones** – Testimonios; pruebas.

¹¹ **Duros nombres y epítetos oprobiosos** – Denominaciones ásperas, crueles y términos de desprecio.

¹² **Parecer** – Rostro, apariencia.

califica, mordazmente, de hermoso precio. [El profeta] arrojó la cantidad en desprecio al alfarero de la casa del Señor (Zac. 11:13).

Otro elemento en la humillación de nuestro Señor fue el carácter del testimonio en su juicio. Todos los testigos fueron sobornados¹³. Los judíos “buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban” (Mt. 26:59-60). Es decir, la ley exigía dos testigos concurrentes y no encontraron dos que estuvieran de acuerdo. “Pero al fin vinieron dos testigos falsos, que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo” (Mt. 26:60-61). Estos testigos mintieron porque no le habían oído decir nada acerca de destruir el templo y lo que Él dijo era muy distinto de lo que ellos alegaban. “Destruid este templo” —es decir, matad este cuerpo— “y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19). La acusación era absurda y frívola, además de falsa. No es de extrañar que Jesús callara y no contestara nada. Evidentemente, los judíos pensaron que no habían presentado bien, ninguna acusación seria, pues trataron de obtener de Él una confesión de que Él era el Cristo, el Hijo del Bendito. Nuestro Señor [pensó] que era el momento oportuno para hablar y entonces, hizo esa “buena profesión” (1 Ti. 6:13), tan preciosa en la Iglesia desde entonces. Él dijo que Él era el Cristo.

El proceder del juez que presidió su juicio, si bien fue una vergüenza para sí mismo, fue una profunda humillación para Jesús. Si se puede confiar en la historia, Pilato era un monstruo de perfidia, avaricia, crueldad y obstinación¹⁴. Previamente, había caído sobre algunos pobres galileos y los había descuartizado mientras hacían sus ofrendas prescritas, mezclando así su sangre con sus sacrificios (Lc. 13:1). Ni la decencia de la vida, ni la solemnidad de la religión pudieron restringirlo. Una y otra vez, confesó que Jesús no había violado ninguna ley, que no había cometido ningún delito. Su esposa le advirtió que no hiciera nada contra aquel hombre justo. Sabía que los sumos sacerdotes lo habían entregado por envidia. Temía perder su puesto si no dictaba sentencia contra Jesús. En vez de atenerse a sus propias y claras convicciones, se volvió hacia los malignos enemigos del inocente que sufría ante él y les preguntó cuál debía ser la sentencia (*cf.* Mt. 27:18-19, 24; Jn. 19:12-16). Antes de ceder a la violencia de la turba que rodeaba el tribunal, esta mercenaria y vacilante¹⁵ criatura, hizo un débil esfuerzo por convencer a los judíos de que el prisionero que tenía delante no debía morir, diciendo: “Pues ¿qué

¹³ **Sobornados** – Comprados para dar pruebas falsas.

¹⁴ **Perfidia... obstinación** – Traición, avaricia, causar sufrimiento sin piedad y terquedad.

¹⁵ **Mercenaria y vacilante criatura** – Ávido y fluctuante entre opiniones.

mal ha hecho?” (Mt. 27:23). Al fracasar en esto, pensó en salvar su popularidad y la vida de Jesús, ganándose la simpatía de ellos. Así que entregó a Cristo para que lo azotaran. Fue un castigo espantoso. Se desnudaba la espalda, se levantaban los brazos, se aplicaba el azote primero con la mano derecha y luego con la izquierda. Los hombres, a menudo, se desmayaban ante la espantosa visión. Todo esto había sido predicho por el profeta evangélico: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Is. 50:6). Pero todo esto, no sirvió para apaciguar la ira de la maligna multitud. Tampoco fortaleció ningún propósito justo en el seno del juez. Así, entregó a su víctima inocente para que fuera crucificada (Mt. 27:26). A menudo, nos preguntamos: ¿Qué fue de Pilato? Su asesinato de los galileos y otros actos de violencia semejantes, probablemente, habrían causado su destitución, de no haber muerto Tiberio¹⁶. Sin embargo, cayó bajo el desagrado del sucesor de aquel emperador, fue degradado de su cargo, se convirtió en un miserable paria y terminó sus días, suicidándose.

Como la forma de juicio concedida a Jesús era una burla de toda justicia y decencia, así se mantuvo la burla hasta el final. “Le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban, diciendo: Profetizanos, Cristo, quién es el que te golpeó” (Mt. 26:67-68). “Y desnudándole, le echaron encima un manto de escarlata, y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos! Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle” (Mt. 27:28-31).

Sería maravilloso¹⁷, en verdad, que tan larga e insomne pena, tales azotes y golpes, no hubieran agotado sus fuerzas. Y así lo encontramos. Al principio, por orden de ellos, Él cargó con su propia cruz (Jn. 19:17); pero, como es de suponer, al desfallecer bajo ella, no pudo soportarla más. Ellos se encontraron con un hombre de Cirene, llamado Simón. Mateo dice que le obligaron a llevar la cruz. Lucas dice que le pusieron la cruz para que la llevara detrás de Jesús (cf. Mt. 27:32; Lc. 23:26). No se sabe con certeza quién era este Simón, amigo o enemigo, ni cómo se sentía en la triste situación; pero probablemente, se sospechaba que se inclinaba por la causa de Cristo. No se sabe con certeza si cargó con toda la cruz o sólo con la parte posterior.

A medida que avanzaba la procesión, lo seguía una gran multitud

¹⁶ **Tiberio Julio César Augusto** (42 a. C.-37 d. C.) – Emperador romano.

¹⁷ **Maravilloso** – Sorprendente; increíble.

del pueblo, y de mujeres que también lloraban y se lamentaban por Él. Pero Jesús, sabiendo que pronto pasaría sus tribulaciones y viendo la gloria que vendría después, volviéndose hacia ellas, les dijo: “No lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos”. Entonces, predijo el terrible destino de la ciudad santa (Lc. 23:27-31).

Al llegar al terrible lugar, Jesús fue, de nuevo, despojado de su ropa y clavado en la cruz. ¡Verdaderamente, esa era la hora de las tinieblas! Pocos días antes, el Hijo de Dios había llorado. La noche anterior, había sudado sangre (Lc. 22:44). Ahora Él está en la cruz, recibiendo de manos de los hombres, un castigo reservado a los peores criminales y a los esclavos. Algunos piensan que colgar de la cruz produjo dislocación. Así entienden esa frase: “Todos mis huesos se descoyuntaron” (Sal. 22:14). Otros piensan que se trata de un lenguaje figurado, descriptivo de una espantosa agonía, como si todos los huesos estuvieran dislocados. Tal vez sea ésta la opinión más probable. La teoría de la muerte por crucifixión era la extinción de la vida, no por estrangulamiento ni por pérdida de sangre, sino por angustia nerviosa. Las extremidades, sede de sensaciones muy sensibles, estaban heridas y laceradas. Las distorsiones del cuerpo eran terribles. Se confinaba a la víctima a una posición, lo que era una gran tortura si se prolongaba por mucho tiempo. Uno puede leer la historia de la crucifixión hasta que sus sentimientos se petrifiquen. Los detalles son, realmente, lacerantes. Sin duda, una descripción gráfica de ellos en una gran asamblea, haría que muchos se desmayaran. Pero el objeto de este capítulo no es [desgarrar] sensibilidades, sino mostrar cómo Jesús se humilló a Sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

¡Maravillosa cruz! Maravilloso madero... Pero la eficacia de la cruz no está en la madera, sino en la sangre derramada por Aquel que colgó de ella... Toda muerte en la cruz fue vergonzosa. La de nuestro Señor lo fue especialmente. Fue crucificado entre dos ladrones y con todas las marcas de la ignominia.

Tal fue la agonía de la muerte en la cruz que, por una cuestión de humanidad, parece haber sido costumbre administrar algún narcótico potente para producir insensibilidad. Se ofreció a nuestro Salvador “vino mezclado con mirra”, pero Él “no lo tomó” (Mr. 15:23). Obtuvo su solaz de otra fuente. Así como había desechado sus reproches y crueldades, también [rechazó] la copa estupefaciente que le ofrecieron. Cristo terminaría sus días con un intelecto despejado. No dejaría el mundo en un estupor voluntario. Sin embargo, incluso el ofrecimiento de vino mezclado con mirra, fue prontamente seguido de nuevas burlas (Mt. 27:42-43).

A menudo, la muerte en la cruz es llamada maldita. Y así fue, de

hecho. Pablo dice: “Porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gá. 3:13). Se refiere a Deuteronomio 21:22-23: “Si alguno hubiere cometido algún crimen digno de muerte, y lo hicieréis morir, y lo colgareis en un madero, no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad”. Estos textos no enseñan que la miseria eterna siempre seguía a este tipo de muerte. Sabemos que no es así. El ladrón penitente pasó de la cruz al paraíso...

Aunque la sentencia dada por Pilato fue totalmente injusta y aunque fue con manos inicuas que Jesús fue crucificado y asesinado (Hch. 2:23), sin embargo, como Él voluntariamente y por la aprobación de Dios se puso en nuestro lugar, Él llevó “la maldición de la ley”, no por los suyos, sino por nuestros pecados. Sin duda, la ley mosaica apuntaba a la muerte de Cristo, pues por encima de todo lo que había vivido, Él fue “hecho maldición” (Gá.-3:13), aunque no por Sí mismo, sino “por nosotros”. No sólo fue abandonado por los hombres, sino también por Dios. El clamor más amargo que jamás se haya oído, salió de la cruz: “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?”¹⁸ (Mr. 15:34).

No mucho después, nuestro Salvador clamó a gran voz y entregó el espíritu. Los verdugos admitieron que estaba muerto y ni amigos ni enemigos dudaron. El agua que brotó de su costado demostró que estaba muerto y frío. Pero el Señor del cielo y de la tierra no tenía sepulcro propio. El amor de uno de sus seguidores le aseguró su sepultura. José de Arimatea, un consejero honorable y un hombre rico, quien hasta entonces había mostrado mucha timidez, se presentó, osadamente, a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Compró una sábana y quitándolo, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro (Mr. 15:43, 46). Allí yacía el Señor rodeado de una fuerte guardia de soldados romanos. *Éste fue el fin de su humillación.*

Tomado de La Roca de nuestra salvación (*The Rock of Our Salvation*), 179-197, Sprinkle Publications, www.sprinklepublications.net.

William S. Plumer (1802-1880): Ministro y autor presbiteriano estadounidense; nacido en Greensburg, Pennsylvania, EE. UU.



¹⁸ **Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?** – En *arameo* significa “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”.

LA CRUCIFIXIÓN DE CRISTO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

*“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”
(Juan 12:32).*

LA crucifixión es la gloria de Cristo¹. Él utiliza las palabras *levantado* para expresar la forma de su muerte. “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir” (Jn. 12:32-33). Pero observa la escogencia de la palabra para expresar su muerte. No dice: “Yo, si fuere crucificado; yo, si fuere colgado en el madero”; no, sino “yo, si fuere levantado”.

Y en el griego, está el significado de exaltación: “Yo, si fuere exaltado—Yo, si fuere levantado en alto—”. Él tomó la forma externa y visible de la cruz, siendo un levantamiento de Él, para ser el tipo y símbolo de la gloria con la cual, la cruz debería investirle, incluso a Él. “Yo, si fuere levantado”.

Ahora, la cruz de Cristo es la gloria de Cristo. Les mostraremos cómo. El hombre busca ganar su gloria al dar muerte a otros como sacrificio—Cristo, mediante la muerte de Sí mismo como sacrificio—. Los hombres buscan obtener coronas de oro—Él buscó una corona de espinas—. Los hombres piensan que la gloria radica en ser exaltado sobre otros—Cristo pensó que su gloria radicaba en convertirse en un “gusano, y no hombre” (Sal. 22:6), una burla y un oprobio entre todos los que le contemplaban—. Se rebajó cuando venció y consideró que la gloria residía tanto en rebajarse como en la conquista.

Cristo fue glorificado en la cruz, decimos nosotros, primero, porque el amor es siempre glorioso. Si yo pudiera preferir cualquier gloria, pediría ser amado por los hombres. Ciertamente, la mayor gloria que un hombre puede tener entre sus semejantes, no es la de la mera admiración, cuando le miran fijamente al pasar por la calle y se agolpan en las avenidas para contemplarle mientras cabalga en su triunfo. La mayor fama, la mayor gloria de un patriota es el amor de su patria, sentir que jóvenes y doncellas, ancianos y señores², están dispuestos a caer a sus pies por amor, a renunciar a todo lo que tienen para servir a quien les ha servido a ellos.

Ahora, Cristo ganó más amor por la cruz del que jamás ganó en otra parte. “Oh Señor Jesús, nunca habrías sido tan amado, si te hubieras

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 36: *Cristo en la cruz*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

² **Señores** – Antiguo título de tratamiento para hombres de rango y autoridad.

sentado en el cielo para siempre, como eres amado ahora desde que te rebajaste hasta la muerte. Ni los querubines³, ni los serafines,⁴ ni los ángeles vestidos de luz, pudieron jamás amar con corazones tan cálidos como tus redimidos de arriba o, incluso, tus redimidos de abajo. Te ganaste el amor más abundantemente por el clavo que por tu cetro. Tu costado abierto no te trajo vacío de amor porque tu pueblo te ama con todo su corazón”. Cristo ganó gloria por su cruz. Él nunca fue tan elevado como cuando fue abatido y el cristiano dará testimonio de que, aunque ama a su Maestro en cualquier parte, nada conmueve su corazón hasta el éxtasis y la vehemencia del amor como la historia de la crucifixión y las agonías del Calvario.

Otra vez: Cristo, en ese momento, ganó mucha gloria por la fortaleza⁵. La cruz fue una prueba de la fortaleza y la fuerza de Cristo, y en ella, había un jardín en el que podría plantarse su gloria. Los laureles⁶ de su corona fueron sembrados en un suelo saturado con su propia sangre...Cristo consideró la cruz como su camino al honor. “¡Oh!”, dijo Él, “ahora será el tiempo de resistir: He sufrido mucho, pero sufriré más y entonces, ¡el mundo verá cuán fuerte y amoroso corazón tengo!”. ¡Cuán paciente es el Cordero, cuán poderoso para soportar! Cristo nunca habría tenido tales clamores⁷ de alabanza y tales cantos de honor como los que ahora gana, si hubiera evitado el conflicto, la batalla y la agonía. Podríamos haberle bendecido por lo que Él es y por lo que deseaba hacer; podríamos haberle amado por los mismos anhelos de su corazón; pero nunca podríamos haberle alabado por haber resistido con fortaleza, por su espíritu intrépido⁸, por su amor inquebrantable, si no le hubiéramos visto sometido a la dura prueba de la crucifixión y a las agonías de aquel horrible día. Cristo ganó la gloria al ser crucificado.

Otra vez: Cristo consideró su crucifixión como la culminación de toda su obra; por lo tanto, la consideró como una exaltación. La culminación de una empresa es la cosecha de su honor. Aunque miles han perecido en las regiones árticas y han obtenido fama por su intrépida conducta, sin embargo, amigos míos, el hombre que al fin descubre el paso, es el más honrado de todos y, aunque recordaremos para siempre a aquellos hombres audaces que se abrieron paso a través del invierno con toda su fuerza y se atrevieron a los peligros de las profundidades, sin embargo,

³ **Querubines** – Seres angelicales representados como parte humanos y parte animales.

⁴ **Serafines** – Ángeles del más alto orden, con seis alas, manos y pies (Is. 6:1-6).

⁵ **Fortaleza** – Coraje inquebrantable para soportar el dolor o la adversidad.

⁶ **Laureles** – Hojas de un árbol de laurel tejidas en una corona, que se usa en la cabeza como símbolo de victoria o como marca de honor.

⁷ **Clamores** – Canciones de alabanza, de acción de gracias o de triunfo.

⁸ **Intrépido** – Sin miedo.

el hombre que lleva a cabo la hazaña gana más que su parte de gloria.

Ciertamente, el logro de una empresa es justo el punto del cual pende el honor. Y, oyentes míos, Cristo anhelaba la cruz porque la esperaba como la meta de todos sus esfuerzos. Iba a ser el lugar sobre el cual podría decir: “Consumado es” (Jn. 19:30). Él nunca hubiera podido decir: “Consumado es”, en su trono; pero en su cruz, Él sí pudo clamar esto. Prefirió los sufrimientos del Calvario a los honores de la multitud que se agolpaba a su alrededor porque, por más que predicara, por más que los bendijera, por más que los sanara, su obra seguía sin terminar. Estaba en estrecho⁹. Tenía un bautismo con el cual ser bautizado y ¡cuán angustiado estaba hasta que se cumpliera! (Lc. 12:50). “Pero”, dijo, “ahora yo ansío mi cruz porque es la piedra superior¹⁰ de mi obra. Anhele mis sufrimientos porque serán la consumación de mi gran obra de gracia”. Hermanos, es el fin lo que trae el honor; es la victoria la que corona al guerrero, en vez de la batalla. Así, Cristo anhelaba esto, su muerte, para poder ver la culminación de su obra. “Sí”, dijo Él, “cuando sea crucificado, seré levantado y exaltado”.

Y, una vez más, Cristo contempló su crucifixión con los ojos de una firme fe como la hora del triunfo. Sus discípulos pensaron que la cruz sería una degradación; Cristo miró a través de lo externo y visible, y contempló lo espiritual. “La cruz”, dijo Él, “el madero de mi condenación puede parecer maldito con ignominia, y el mundo se parará alrededor y silbará al crucificado. Mi nombre será para siempre deshonorado como el de uno que murió en el madero; y los criticones¹¹ y burladores podrán para siempre, echar en cara a mis amigos que morí con el malhechor¹²; pero yo no miro la cruz como ustedes. Conozco su ignominia, pero resisto la vergüenza —estoy dispuesto a soportarlo todo—. Veo la cruz como la puerta del triunfo, como el portal de la victoria. Oh, ¿puedo decirte lo que contemplaré en la cruz? Justo cuando mis ojos estén inundados con la última lágrima y cuando mi corazón esté palpitando¹³ con su último dolor; justo cuando mi cuerpo esté desgarrado con su último estremecimiento¹⁴ de angustia, entonces mis ojos verán la cabeza herida del dragón (Gn. 3:15); verán las torres del infierno desmanteladas y su castillo caído. Mis ojos verán a mi simiente, eternamente salvada; con-

⁹ **En estrecho** – Angustiado por la fuerza de las circunstancias.

¹⁰ **Piedra superior** – Piedra que forma la parte más alta de algo.

¹¹ **Criticones** – Aquellos que plantean objeciones insignificantes y molestas.

¹² **Malhechor** – Criminal.

¹³ **Palpitando** – Latiendo con un pulso rápido.

¹⁴ **Estremecimiento** – Temblor o hormigueo provocado por una emoción intensa.

templaré a los redimidos saliendo de sus prisiones. En ese último momento de mi condenación, cuando mi boca se esté preparando para su último clamor de ‘consumado es’, iveré llegar el año de mis redimidos, gritaré mi triunfo en la liberación de todos mis amados! ¡Ay!, y veré entonces el mundo, mi propia tierra conquistada y los usurpadores todos destronados, y contemplaré en visión las glorias de los últimos días cuando me siente en el trono de mi padre David y juzgue la tierra, iacompañado con la pompa de los ángeles y el clamor de mis amados!”.

Sí, Cristo vio en su cruz las victorias de ella y, por eso, ansiaba y anhelaba que fuera el lugar de la victoria y el medio de la conquista. “Yo”, dijo Jesús, “si fuere levantado, si fuere exaltado”. Él establece su crucifixión como siendo su gloria...

Y ahora, termino notando el último dulce pensamiento: “Yo, si fuere levantado, a todos atraeré a mí mismo”. Entonces, Cristo Jesús atraerá a todo su pueblo al cielo. Él dice que los atraerá a Sí mismo. Él está en el cielo; entonces, Cristo es el carruaje en el que las almas son atraídas al cielo. El pueblo del Señor está en su camino al cielo; es llevado en brazos eternos y esos brazos son los brazos de Cristo. Cristo los está llevando a su propia casa, a su propio trono. Su oración: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Jn. 17:24), será cumplida plenamente. Y está siendo cumplida ahora, pues Él es como un fuerte corcel¹⁵ que atrae hacia Sí mismo a sus hijos en el carruaje del pacto de gracia¹⁶. ¡Oh! Bendito sea Dios, la cruz es el tablón sobre el cual nadamos hacia el cielo; la cruz es el gran transporte del pacto que resistirá las tormentas y alcanzará el deseado cielo. Éste es el carruaje, cuyas columnas son de oro y su base de plata; y está forrado con la púrpura de la expiación¹⁷ de nuestro Señor Jesucristo.

Y ahora, pobre pecador, le pido a Dios que Cristo te perdone. Recuerda su muerte en el Calvario; recuerda sus agonías y su sudor sangriento —todo esto lo hizo por ti, si tú te [reconoces] pecador—. ¿No te atrae esto hacia Él?

“Aunque eres culpable, Él es bueno,
Él lavará tu alma en la sangre de Jesús”.

¹⁵ **Corcel** – Caballo grande y poderoso, usado en la batalla.

¹⁶ **Pacto de Gracia** – Es el propósito misericordioso de redención de Dios, diseñado antes de la creación del mundo, anunciado por primera vez en Génesis 3:15, revelado progresivamente en la historia, y cumplido en la persona y obra de Jesucristo, cuyo beneficio se aplica a todos los que creen en Él (Gn. 3:15; Gn. 12:1-3; 2 S. 7:5-17; Jer. 31:31-34; Gá. 3).

¹⁷ **Expiación** – Reconciliación con Dios mediante la eliminación o el encubrimiento de la culpa del pecado. Esto fue logrado mediante el sacrificio de Jesucristo. Ver Portavoz de la Gracia N° 51: *Expiación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

Te has rebelado contra Él y te has sublevado; pero Él dice: “Convertíos hijos rebeldes” (Jer. 3:22). ¿No te atraerá su amor? Yo ruego que ambos tengan su poder e influencia para que seas atraído a Cristo ahora y, al final, seas atraído al cielo. ¡Qué Dios te conceda bendición por el amor de Jesús! Amén.

Tomado de un sermón predicado el 5 de julio de 1857,
en el Music Hall, Royal Surrey Gardens.



En este momento, hay un carbón de amor ardiente en el pecho de Cristo. Este fuego es ciertamente eterno, pero las llamas son tan ardientes hoy como siempre. Ahora es cuando Cristo ama y vive, y ¿[por qué vive], sino sólo para amarnos e interceder por nosotros? Cristo hace de nuestra salvación, su vocación constante; Él siempre está trabajando: “Ayer, y hoy y por los siglos” (He. 13:8). No hay una hora en el día, ni un día en el año, ni un año en una era, en la que Cristo no esté ocupado con su Padre en este empleo celestial de interceder por nosotros. Él nos amó antes de morir por nosotros, siendo su amor la causa *por la cual* murió por nosotros y nos ama aun en que ahora intercede por nosotros. Es tanto como decir: “Cristo nos ha amado y no se arrepiente de su amor”. El amor lo hizo morir por nosotros y si tuviera que hacerlo de nuevo, moriría de nuevo. Sí, si nuestros pecados hubieran requerido que Cristo muriera varias veces por cada persona elegida, el amor, *el amor* lo habría dispuesto voluntariamente en todas esas muertes. Oh, el amor de Cristo hacia nuestras pobres almas... Él nos lleva sobre sus hombros como un hombre que encuentra a su oveja, y “la pone sobre sus hombros gozoso” (Lc. 15:5). No, aún debo acercarme más porque Cristo, por su intercesión, nos acerca aún más: “Su [mano] izquierda esté debajo de mi cabeza, y su [mano] derecha me abraza” (Cnt. 2:6). En el cielo, Él nos lleva como un brazaletes alrededor de sus brazos, el cual hace a la esposa clamar: “Ponme como un sello... sobre tu brazo” (Cnt. 8:6). Nos estampa e imprime en las palmas de sus manos: “He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida” (Is. 49:16), como si nuestros nombres estuvieran escritos con letras de sangre sobre la carne de Cristo. Nos pone como un sello en su corazón y esa, también es la expresión del esposo: “Ponme como un sello sobre tu corazón” (Cnt. 8:6). Sí, tan preciosos son los santos para Jesucristo que se alojan en el cielo en sus entrañas y en su corazón, pues moran en Cristo: “En esto sabemos que permanecemos en él” (1 Jn. 4:13). Y moran en Dios y moran en el amor: “Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios” (1 Jn. 4:16). No sé qué más decir. Ya saben, la costumbre de los sumos sacerdotes era llevar los nombres de los hijos de Israel al Lugar Santísimo sobre sus hombros y sobre sus pechos; pero ¿se ha oído alguna vez que algún sumo sacerdote —además del gran “sumo sacerdote de nuestra profesión” (He. 3:1)— llevara los nombres de miles y millones sobre sus hombros, en sus brazos, en sus manos, en su pecho y en su corazón... como un memorial ante el Señor? ¡Oh, amor incomparable! — *Isaac Ambrose*.

LA EXALTACIÓN DE CRISTO

Thomas Watson (c. 1620-1686)

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9).

¿EN que consiste la exaltación de Cristo? En su resurrección de entre los muertos, en su ascensión a los cielos y en su sentarse a la diestra de Dios Padre¹, etc.

¿En qué sentido ha exaltado Dios a Cristo? No con respecto a la divinidad de Cristo, pues ésta no puede ser exaltada más de lo que es. Así como en la humillación de Cristo, la divinidad no era inferior, así, en su exaltación, la divinidad no es superior; sino que Cristo es exaltado como Mediador —su naturaleza humana es exaltada—.

¿De cuántas maneras es exaltado Cristo? De cinco maneras: Dios ha exaltado a Cristo I. En sus títulos; II. En su oficio; III. En su ascensión; IV. En su sentarse a la diestra de Dios; V. Al constituirlo Juez del mundo.

I. Dios ha exaltado a Cristo en sus títulos. *Primer título:* Él es exaltado a ser Señor: “Era magnificado el nombre del Señor Jesús” (Hch. 19:17). Él es Señor con respecto a su soberanía; es Señor sobre los ángeles y sobre los hombres. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). Cristo tiene tres llaves en su mano: (1) La llave del sepulcro para abrir las tumbas de los hombres en la resurrección; (2) la llave del cielo para abrir el reino de los cielos a quien Él quiera; (3) la llave del infierno (Ap. 1:18) para encerrar a los condenados en esa prisión de fuego.

Ante este Señor, debe doblarse toda rodilla: “Que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla” (Fil. 2:10). Aquí se pone *nombre* a la *persona* de ese “Santo Ser” —Jesús (Lc. 1:35)— y ante el cetro de esa persona divina, toda rodilla se doblará. *Doblarse* significa *sumisión* —todos deben someterse a Él como hijos o cautivos, y someterse a Él como al Señor o Juez: “Honrad al Hijo” (Sal. 2:12) con un beso de amor y lealtad. No sólo debemos arrojarnos en los brazos de Cristo para ser salvados por Él, sino que debemos arrojarnos a sus pies para servirle.

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 42: *Resurrección* y FGB 243, *Ascension*, en inglés, (Ascensión). Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

Segundo título: Cristo es exaltado a ser príncipe (Hch. 5:31): “En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe” (Dn. 12:1). Algunos piensan que era un ángel creado; pero era *Angelus fœderis* —“el ángel del pacto”²—. Él es un gran príncipe: “El soberano³ de los reyes de la tierra” (Ap. 1:5). Ellos tienen sus coronas por tenencia⁴ inmediata de Él. Su trono está por encima de las estrellas, [y] tiene ángeles y arcángeles como sus servidores. Así, Él es exaltado en sus títulos de honor.

II. Dios ha exaltado a Cristo en su oficio. Lo ha honrado para ser el Salvador del mundo: “A este, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador” (Hch. 5:31). Fue un gran honor para Moisés ser un salvador temporal⁵; pero ¡qué tal, el ser el Salvador de las almas! Cristo es llamado “un poderoso Salvador”⁶ (Lc. 1:69). Él salva de los pecados (Mt. 1:21) y de la ira (1 Ts. 1:10). Salvar es una flor que sólo pertenece a su corona: “Y en ningún otro hay salvación” (Hch. 4:12). ¡Qué honor es esto para Cristo! ¡Cómo hace resonar el cielo con las alabanzas de los santos! Cantan aleluyas a Cristo, su Salvador. “Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:9).

III. Dios ha exaltado a Cristo en su ascensión. Si Él ascendió, entonces es exaltado... Pero la Escritura es clara: Ascendió a los cielos, muy “por encima de todos los cielos” (Ef. 4:10; Lc. 24:51) —es decir, por encima del firmamento⁷—. Él ascendió a la parte más alta del cielo empíreo⁸ que Pablo llama “el tercer cielo” (2 Co. 12:2). En cuanto a la ascensión de Cristo, dos cosas:

1. La *manera* de la ascensión de Cristo: (1) Cristo, comenzando a ascender, bendijo a sus discípulos. “Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo” (Lc. 24:50-51). Cristo no dejó casas y tierras a sus discípulos, sino que les dejó su bendición. (2)

² **Ángel del pacto** – Título de Cristo como mediador, “mensajero (ángel) del pacto” (Mal. 3:1; cf. Gn. 48:16, etc.).

³ **Soberano** – Así aparece en la RVR 1960, pero en la Biblia KJV en inglés, aparece como “prince” (“príncipe”).

⁴ **Tenencia** – Autoridad.

⁵ **Temporal** – Terrenal.

⁶ **Poderoso Salvador** – En la Biblia KJV, en inglés “*horn of salvation*” que significa el “cuerno de la salvación” (Griego = κέρασ σωτηρίας, *keras sôtêrias*). Proviene del Antiguo Testamento, donde representa a un buey con cuernos que es capaz de derrotar a los enemigos con el poderoso empuje de su cabeza protegida (Dt. 33:17). (Bock, *Lucas 1:1-9:50*, vol. 1, 180).

⁷ **Firmamento** – Cielo o bóveda celeste.

⁸ **Cielo empíreo** – Región más alta y pura del cielo.

Cristo ascendió como un conquistador en un camino de triunfo. “Llevó cautiva la cautividad” (Sal. 68:18; Ef. 4:8). Él triunfó sobre el pecado, el infierno y la muerte; y el triunfo de Cristo es el triunfo del creyente: Cristo ha conquistado el pecado y el infierno para todo creyente.

2. El *fruto* de la ascensión de Cristo: La ascensión de Cristo a los cielos hace descender el Espíritu Santo a nuestros corazones: “Subiendo a lo alto... dio dones a los hombres” (Ef. 4:8). Cristo, habiendo ascendido en las nubes como su carruaje de triunfo, nos da el don de su Espíritu como un rey en su coronación otorga dones, libremente, a sus favoritos.

IV. Dios ha exaltado a Cristo en su sentarse a la diestra de Dios. “El Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Mr. 16:19). “Resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero” (Ef. 1:20-21).

¿Qué significa que Cristo está sentado a la diestra de Dios? Propiamente hablando, Dios no tiene mano derecha ni izquierda, pues, siendo Espíritu, está desprovisto de todas las partes corporales. Pero es un lenguaje figurado —una metáfora tomada de la manera de ser de los reyes quienes tenían [la costumbre de hacer avanzar] a sus favoritos junto a sus propias personas, sentándolos a su derecha—. Salomón hizo que se preparara un asiento para su madre, la reina, y la ubicó a su derecha (1 R. 2:19). Así, para Cristo sentarse a la diestra de Dios, es estar en el lugar más próximo a Dios Padre en dignidad y honor.

La naturaleza humana de Cristo, al estar personalmente unida a la divina, está ahora sentada en un trono real en el cielo y es adorada, incluso, por los ángeles. En virtud de la unión personal de la naturaleza humana de Cristo con la divina, hay una comunicación de toda esa gloria de la deidad de Cristo de la que es capaz su naturaleza humana. No es que la humanidad de Cristo se eleve a una igualdad con la Divinidad, sino que la naturaleza divina se une con la humana, la naturaleza humana es maravillosamente glorificada, aunque no deificada. Cristo como Mediador, está lleno de toda majestad y honor, más allá de la comprensión de la más alta orden de ángeles: Cristo, en su humillación, descendió tan bajo que no era posible descender más y, en su exaltación, ascendió tan alto que no es posible ir más alto. En su resurrección, fue exaltado por encima de la tumba; en su ascensión, fue exaltado por encima del cielo aéreo y estrellado; en su sentarse a la diestra de Dios, es exaltado por encima de los cielos más altos, muy “por encima de todos los cielos” (Ef. 4:10).

V. Dios ha exaltado a Cristo al constituirlo Juez de todo el mundo. “El Padre... todo el juicio dio al Hijo” (Jn. 5:22). En el Día del Juicio, Cristo será exaltado de manera supereminente. “Cuando venga en la gloria de su Padre” (Mr. 8:38). Él vestirá las mismas vestiduras bordadas de majestad que el Padre y vendrá con todos sus santos ángeles (Mt. 25:31). Aquel que fue conducido al tribunal con una banda de soldados, será acompañado al estrado⁹ por una guardia de ángeles. Cristo juzgará a sus jueces; ¡juzgará a Pilato, quien lo condenó! Los reyes deben abandonar sus tronos y acudir a su tribunal. Y éste es el tribunal supremo de la judicatura¹⁰, donde no hay apelación.

Uso 1. De información: Rama 1: Véase el estado diferente de Cristo en la tierra y ahora en el cielo. ¡Oh, cómo ha cambiado la escena! Cuando estaba en la tierra, yacía en un pesebre; ahora está sentado en un trono. Entonces, era odiado y despreciado por los hombres; ahora es adorado por los ángeles. Entonces, su nombre era vituperado; ahora Dios “le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:9). Entonces, vino en forma de siervo. Y como siervo, en pie con su lebrillo y su toalla, lavó los pies de sus discípulos (Jn. 13:4-5); ahora está vestido con sus ropas de príncipe y los reyes de la tierra arrojan sus coronas ante Él. En la tierra, fue un varón de dolores; ahora está ungido con el óleo de la alegría. En la tierra, fue su crucifixión, ahora es su coronación. Entonces, su Padre le frunció el ceño en abandono; ahora lo ha sentado a su diestra. Antes, no había parecer en Él, ni hermosura (Is. 53:2); ahora es el resplandor de la gloria de su Padre (He. 1:3). ¡Oh, qué cambio hay aquí! “Dios también le exaltó hasta lo sumo” (Fil. 2:9).

Rama 2: ¿Fue Cristo primero humillado y luego, exaltado? De aquí aprende, el camino al verdadero honor es la humildad: “El que se humilla, será enaltecido” (Lc. 14:11). El mundo considera la humildad como algo que lo hace a uno despreciable, pero es el camino directo al honor. El camino para elevarse es caer, el camino para ascender es descender. La humildad nos exalta en la estima de los hombres y nos exalta a un trono más alto en el cielo. “Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos” (Mt. 18:4), *viz.*¹¹, tendrá un mayor grado de gloria en él.

Rama 3: Cristo sufrió y luego, fue exaltado. Vemos pues, que los sufrimientos deben preceder a la gloria. Muchos desean ser glorificados *con* Cristo, pero no están contentos con sufrir *por* Cristo. “Si sufrimos,

⁹ **Estrado** – Lugar en un tribunal de justicia donde se encuentra la persona acusada.

¹⁰ **Judicatura** – Administración de justicia; tribunal más alto de la autoridad de un juez.

¹¹ **Viz.** – Del latín *videlicet*: es decir; a saber.

también reinaremos con él” (2 Ti. 2:12). Los impíos primero reinan y luego sufren; los piadosos primero sufren y luego reinan. No hay... camino al cielo, sino a través de los sufrimientos; no hay camino a la corona, sino por el camino de la cruz. La Jerusalén de arriba es una ciudad placentera —calles de oro, puertas de perlas— pero debemos recorrer un camino sucio para llegar a esta ciudad, a través de muchos reproches y sufrimientos (Hch. 14:22). Debemos entrar en la gloria como lo hizo Cristo: Primero, sufrió vergüenza y muerte, y ahora, [É] es exaltado al sentarse a la diestra de Dios.

Uso 2. De consuelo: Rama 1: Cristo, siendo tan altamente exaltado, ha ennoblecido nuestra naturaleza. La ha coronado de gloria y la ha elevado por encima de ángeles y arcángeles. Aunque Cristo, por ser hombre, “fue hecho un poco menor que los ángeles” (He. 2:9), sin embargo, como la naturaleza humana está unida a la divina y está a la diestra de Dios, así la naturaleza humana está por encima de los ángeles. Y si Dios ha dignificado así nuestra naturaleza humana, ¡qué vergüenza es que la degrademos!¹² Dios ha exaltado la naturaleza humana por encima de los ángeles y el borracho abate la naturaleza humana por debajo de las bestias.

Rama 2: Cristo, siendo exaltado a la diestra de Dios, tiene sobre sus hombros, la llave del gobierno. Él gobierna todos los asuntos del mundo para su propia gloria. ¿Creen ustedes que cuando Cristo está tan altamente avanzado y tiene en su mano todo el poder en el cielo y en la tierra, no cuidará de sus elegidos y hará que las más asombrosas providencias redunden en bien de su Iglesia? En un reloj, las ruedas se mueven cruzadas unas a otras, pero todas hacen que el reloj suene. [Del mismo modo,] Cristo, estando a la diestra de su Padre, hará que las más cruzadas providencias¹³ tiendan a la salvación de su Iglesia.

Rama 3: Estando Cristo a la diestra de Dios, podemos estar seguros de que ya ha terminado la obra de la redención del hombre. “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (He. 10:12). Si Cristo no hubiera expiado completamente el pecado y satisfecho la ley de Dios, no se habría sentado a la diestra de Dios, sino que aún yacería en el sepulcro; pero ahora, está exaltado a la gloria, lo cual es una muestra evidente de que ha hecho y padecido todo lo que se requería de Él para la realización de nuestra redención.

¹² **Degradar** – Hacer inferior en dignidad; moralmente corrupta.

¹³ **Cruzadas providencias** – Condiciones o circunstancias adversas o desfavorables.

Rama 4: Aunque Jesucristo es tan altamente exaltado en gloria, no se olvida de nosotros en la tierra. Algunos, cuando son elevados a puestos de honor, se olvidan de sus amigos como cuando el jefe de los copeiros (Gn. 40:2) fue restaurado a su puesto en la corte, entonces olvidó al pobre José en prisión. Pero no es así con Cristo. Aunque Él es exaltado a tal gloria en el cielo, sin embargo, se acuerda de sus santos en la tierra. Nuestro sumo sacerdote tiene todos los nombres y [necesidades] de su pueblo escritos en su pectoral. ¿Eres tentado? Aunque Cristo esté en la gloria, Él sabe compadecerte y [fortalecerte]. “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades” (He. 4:15). ¿Lloras por el pecado? Cristo, aunque en estado glorificado, oye tus suspiros y recoge tus lágrimas en su redoma (Sal. 56:8).

Rama 5: El que Cristo esté exaltado a la diestra de Dios es para consuelo de los creyentes de que, un día, serán exaltados a ese lugar de gloria donde Él está. La exaltación de Cristo es nuestra exaltación. Cristo ha orado por esto: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Jn. 17:24). Y se dice que Él va delante para “preparar lugar” para los creyentes (Jn. 14:2). Cristo es llamado la Cabeza; la Iglesia es llamada su cuerpo (Ef. 1:22-23). Siendo la Cabeza exaltada a honra, el cuerpo místico también será exaltado. Tan cierto como que Cristo es exaltado muy por encima de todos los cielos, tan cierto es que Él pondrá a los creyentes en toda esa gloria con la que la naturaleza humana de Él está adornada (Jn. 17:22). Así como aquí, Él pone su *gracia* sobre los santos, en breve, pondrá su *gloria* sobre ellos. Esto es consuelo para el más pobre de los cristianos. Tal vez tengas apenas una casa donde poner tu cabeza; sin embargo, puedes mirar al cielo y decir: “Allá está mi casa, allá está mi patria y ya he tomado posesión del cielo en mi Cabeza, que es Cristo. Él está sentado allá y no pasará mucho tiempo antes de que yo me siente allá con Él. Él está en el trono de gloria y tengo su Palabra: Yo me sentaré en el trono con Él” (Ver Ap. 3:21).

Uso 3. De exhortación: ¿Ha exaltado Dios altamente a Cristo? Trajémoslo para exaltarlo. Exaltemos 1. Su Persona, 2. Sus verdades.

1. Exaltemos a Cristo en nuestros corazones. ¡Creamos! ¡Oh, adorémoslo y amémoslo! No podemos elevar a Cristo más alto en el cielo, pero podemos hacerlo en nuestros corazones. Exaltemosle con nuestros labios: ¡Alabémosle! Nuestros cuerpos son los templos del Espíritu Santo, nuestras lenguas deben ser los órganos de estos templos. Alabando y elogiando a Cristo, lo exaltamos en la estima de los demás. Exaltemoslo en nuestras vidas viviendo vidas santas... No todas las doxologías y oraciones del mundo exaltan tanto a Cristo como una vida

santa; esto hace que Cristo sea renombrado y lo eleva, verdaderamente, cuando sus seguidores caminan dignos de Cristo.

2. Exaltemos las verdades de Cristo. Buchholzer¹⁴, en su *Cronología*, informa de los nobles de [Polonia] que cada vez que se lee el Evangelio, ponen sus manos sobre sus espadas, dando a entender que están dispuestos a mantener el Evangelio con el riesgo de sus vidas. Exaltemos las verdades de Cristo [sosteniendo] las verdades de Cristo contra el error, la doctrina de la libre gracia contra el mérito [y] la deidad de Cristo contra el socinianismo¹⁵.

¡La verdad es la perla más oriental¹⁶ de la corona de Cristo! Luchemos por la verdad como uno lucharía por una suma de dinero para que no nos fuera arrebatada de la mano. Cuando exaltamos sus verdades, en las cuales su gloria está tan involucrada, Cristo toma esto como una exaltación de Él.

Tomado de Las obras selectas del rev. Thomas Watson (*The Select Works of the Rev. Thomas Watson*) (New York: Robert Carter & Brothers, 1855), 137-140, de dominio público.

Thomas Watson (c. 1620-1686): Predicador y autor puritano no conformista inglés; posiblemente, nacido en Yorkshire, Inglaterra, Reino Unido.



Esa visión real que podemos tener de Cristo y su gloria en este mundo por la fe es, inefablemente, preferible a cualquier otra sabiduría, entendimiento o conocimiento. — *John Owen*

¹⁴ **Abraham Buchholzer** (1529-1584) – Teólogo protestante alemán; se dedicó a la investigación cronológica y, 17 años después, publicó el *Index Chronologicus*, en el que describió la historia de la creación del mundo hasta el año 1580.

¹⁵ **Socinianismo** – Movimiento de los siglos XVI y XVII de Fausto y Lelio Socino, quienes profesaban la creencia en el Dios de las Escrituras, pero negaban el pecado original, el aspecto sustitutivo de la expiación de Cristo, la deidad de Cristo y, en consecuencia, la Trinidad.

¹⁶ **Oriental** – Brillante; reluciente.

LA BELLEZA DE CRISTO

Octavius Winslow (1808-1878)

NO hay belleza como la belleza de Cristo. Podríamos esperar que tal gloria divina, si alguna vez hiciera tabernáculo en la tierra —la resplandeciente Shekinah¹ del mundo— estaría consagrada en un templo digno en todos los aspectos de su dignidad. Por eso, encontramos un lenguaje como éste: “Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo” (He. 10:5). Fue un cuerpo preparado por el Espíritu Santo, de carne real, pero sin pecado, en el cual, iba a habitar el Hijo de Dios. De ahí que el artista inspirado, al retratar la belleza de Cristo como hombre, lo represente como “eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios” (Sal. 45:2). Siendo Él mismo, la fuente y autor de toda belleza, su propia belleza eclipsa todo.

Amamos rastrear las creaciones de su belleza en las variadas e interminables formas de hermosura que aún perduran, adornando y enriqueciendo este mundo caído. Esas brillantes constelaciones: Cristo las creó; esos soles ardientes: Cristo los encendió; esos Alpes cubiertos de nieve, esas colinas coronadas de nubes: Cristo las levantó; esos verdosos² valles: Cristo los extendió; esa ruborizada rosa, ese gracioso lirio, ese exquisito helecho, esa curiosa flor marina arrojada en la orilla, esa violeta al borde del camino que protege del sol a la gota de rocío, ese arroyo sinuoso, ese bosque frondoso: ¡Cristo lo formó y lo trazó todo! Cristo revistió ese magnífico paisaje con su manto de verde vivo, perfumó el aire con su fragancia y vació el hueco de la profundidad de ese océano en expansión, marcado con hoyuelos³ de belleza por la suave brisa o terrible en su grandeza cuando es hollado por la gigantesca tormenta. En verdad, “todo lo hizo hermoso a su tiempo” (Ec. 3:11). ¡Oh! me deleito al ver al Dios encarnado, quien murió para salvar, esparciendo de la gran riqueza de sus propios recursos ilimitados, todas estas joyas, haciendo que el hogar pecaminoso

¹ **Resplandeciente Shekinah** – La deslumbrante gloria de Dios que se hace visible al ojo humano en forma de una nube radiante de luz. Apareció, por primera vez, en el Éxodo como una columna de nube durante el día y de fuego por la noche (Éx. 13:21-22). Más tarde, cubrió el Sinaí (Éx. 24:16), llenó el tabernáculo (Éx. 40:34-35) y llenó el templo (1 R. 8:11). Es significativo que Ezequiel describió su desaparición a causa del pecado (Ez. 10:18). Después de una larga ausencia, la gloria de la Shekinah reapareció en Cristo en la transfiguración (Mt. 17:5).

² **Verdosos** – Verde por el césped u otra rica vegetación.

³ **Hoyuelos** – Marcas con ondulaciones.

del hombre sea tan rico, tan agradable, tan atractivo.

Pero su propia belleza, ¿quién podría describirla? Su persona tan hermosa, su naturaleza tan santa, su corazón tan afectuoso, su espíritu tan gentil, su mirada tan cautivadora, su voz tan tranquilizadora. Todo su carácter, vida y conducta, tan impregnados y resplandecientes con toda perfección humana, espiritual y divina. En verdad, no era un cuadro imaginario y no era mera imaginería oriental con la cual la Iglesia, en su justa y elevada concepción, lo describió como “señalado entre diez mil” (Cnt. 5:10) y “todo él codiciable” (Cnt. 5:16).

Pero la belleza de Cristo es compartida con todos aquellos que tienen unión con Él. Lavado en su sangre, revestido con su justicia y adornado con sus gracias, cada creyente es hermoso por su hermosura puesta sobre él. Y hay más maravilla porque hay más de Dios; hay más belleza porque hay más de Cristo en ese pobre pecador que se aferra en penitencia⁴, fe y amor a la cruz, mirando a Dios como un hijo perdonado y palpitando con una vida derivada del Espíritu que mora en él, más que en toda esta vasta creación, esmaltada y centelleante con infinitas formas de hermosura.

Lector, ¿ha captado tu atención la belleza de Cristo y ha penetrado en tu alma, transformándote, reflejando su imagen en tus principios semejantes a los de Cristo, en tu espíritu semejante al de Cristo, en tu andar semejante al de Cristo, en toda tu vida semejante a la de Cristo? Entonces, por tenue e imperfecta que sea la copia, antes de que pase mucho tiempo, será completada cuando “tus ojos verán al Rey en su hermosura” (Is. 33:17) y te unirás a la muchedumbre impecable que rodea el trono de Dios y el Cordero. ¡Oh! Entonces, ocúpate en contemplar, estudiar y reflejar la belleza de Cristo, pues ¡no hay belleza como la suya! “Es un retrato acabado”, exclamó un infiel consumado, cuando el carácter de Cristo fue delineado a su vista. Es un retrato acabado: Examínalo, transfíerelo a ti mismo y ten cuidado de no permitir que la belleza de una criatura —un ser de belleza y amor humanos— cubra con un velo o ensombrezca un centelleo de la incomparable belleza de Cristo ante tus ojos.

Tomado de Ninguno como Cristo (*None Like Christ*) (New York: Anson D. F. Randolph, 1868), 21-27, de dominio público.



¿En qué consiste, por tanto, esa gran comunión de gloria que habrá en el cielo? En ver la gloria de Cristo, quien es la imagen del Dios invisible que es adorado. Como Dios mismo era invisible, ha estampado su gloria en su Hijo. —*Thomas Goodwin*

⁴ **Penitencia** – Arrepentimiento por los propios pecados.

CONTEMPLANDO LA GLORIA DE CRISTO

Octavius Winslow (1808-1878)

LECTOR, ¿qué piensas de Cristo? ¿Qué apreciaciones tienes de su gloria tal como se te ha presentado hasta ahora? ¿Ves belleza, incomparable belleza, en Emanuel? ¿Ha irrumpido su gloria ante tus ojos? ¿Ha resplandecido en tu mente? ¿La visión de Jesús, vista por la fe, te ha hecho caer al polvo, exclamando: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5-6)?

Tu respuesta honesta a estas preguntas inquisitivas, decidirá la naturaleza y el fundamento de tu presente esperanza en la eternidad. Tú te encuentras ahora en los confines de esa eternidad. ¡Solemne consideración! Es de infinita importancia, entonces, que tus puntos de vista acerca del Hijo de Dios sean examinados a fondo, tamizados y comparados con la Palabra inspirada.

Una corona puesta ahora sobre tu frente, un reino extendido a tus pies, un mundo ganado y tomado, son como baratijas infantiles comparados con el tremendo interés involucrado en la pregunta: “¿Qué piensas de Cristo?”. ¿Y qué piensas de Él? ¿Es Él toda tu salvación y todo tu deseo? ¿Has puesto tu yo pecador y tu yo justo bajo su cruz? Y en toda tu pobreza, desnudez y vileza, ¿lo has recibido como hecho por Dios para ti, “sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30)? ¿Empaña toda su gloria, otra gloria, y eclipsa toda su belleza, otra belleza ante tus ojos? ¿Puedes señalarlo y decir, con la humilde confianza de la fe y la alegría del amor: “Tal es mi amado, tal es mi amigo” (Cnt. 5:16)? ¡Dios eterno! ¡Si no fuera por la justicia de tu Hijo, me hundiría en toda mi contaminación! ¡Si no fuera por la sangre expiatoria de Emanuel, perecería en toda mi culpa! ¡Padre Santo, no me mires a mí, sino contempla mi Escudo y mira el rostro de tu Ungido! Y cuando pase tu gloria —la gloria de tu majestad, tu santidad y tu justicia— ponme en la hendidura de la roca y cúbreme con tu mano mientras pasas.

Cultiva frecuentes y devotas contemplaciones de la gloria de Cristo. Inmenso será el beneficio que se acumulará para tu alma. La mente así ocupada, llena y expandida, estará capacitada para presentar una resistencia más fuerte a las invasiones, cada vez más avanzadas e insidiosas, del mundo exterior. No habrá lugar para los pensamientos vanos ni deseo o tiempo para las distracciones carnales.

¡Oh, cómo crucifican y santifican las claras visiones de la gloria de Emanuel! ¡Cómo vacían, humillan y abaten! Con el patriarca, exclamamos entonces: “Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”. Y con el profeta: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:5). Y con el Apóstol: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14). ¡Oh, entonces, procura que tu mente se llene de visiones ampliadas y, a la vez, expansivas de la gloria del Redentor! Que esto [su gloria], en todos los descubrimientos que te ofrezca de la mente y majestad divinas, sea el único tema de tus pensamientos, el único tema de tu conversación. No pongas límites a tu conocimiento de Cristo. Considera siempre que sólo has leído el prefacio del libro, que sólo has tocado la orilla del mar. Más allá de ti, se extienden bellezas por descubrir, visiones preciosas y glorias resplandecientes, cada una de las cuales alienta tu avance, invita tu investigación y pide el homenaje de tu fe, el tributo de tu amor y la dedicación de tu vida.

¡Adelante, entonces! Las glorias que aún deben serte reveladas en un conocimiento creciente de Jesús, ¿qué imaginación puede concebirlas, qué pluma puede describirlas? “Cosas mayores que estas verás” es la promesa que te invita a avanzar. Jesús está dispuesto a revelar todas las bellezas de su Persona y a admitirte en la arcada¹ misma de su amor. No hay una cámara de su corazón que no te abra de par en par; ni una bendición que no te conceda; ni una gloria que no te muestre. Verás cosas más grandes que las que has visto hasta ahora: Mayores profundidades del pecado en tu naturaleza caída te serán reveladas; sentirás, más profundamente, la eficacia purificadora de la sangre expiatoria; tendrás visiones más claras de tu aceptación en el Amado; disfrutarás mayores descubrimientos del amor de Dios²; y mayores profundidades de gracia y gloria en Jesús. Tu comunión con Dios será más estrecha y mayor el fruto de la adopción del amor en tu corazón; tus pies serán como pies de cierva y caminarás en lugares altos. Tu paz fluirá como un río y tu justicia como las olas del mar (Is. 48:18). El dolor te herirá con menor profundidad; la aflicción te presionará menos; la afectación de la tribulación será menos aguda —todo esto e infinitamente más, resultará de tu conocimiento más profundo de Jesús—. Ah, no te asombres de que el alma agitada, jadeante y sedienta del Apóstol, exclamara: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento

¹ **Arcada** – Pasaje de acceso a una edificación, cubierto por arcos y bordeado de tiendas.

² Ver FGB 238, *God's Love*, en inglés, (El amor de Dios). Disponible en CHAPEL LIBRARY.

de Cristo Jesús, mi Señor... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:8, 10). Entonces, “conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová” (Os. 6:3).

Que nuestra vida sea un claro reflejo de la gloria del Redentor. Los santos de Dios somos los únicos testigos de esta gloria —los únicos reflectores que el Señor tiene en este mundo oscuro y que niega a Cristo—. La santidad que brota de la fuente de la gracia del Espíritu que mora en nosotros, que se alimenta y madura con las cercanas visiones de la cruz, y que imparte un carácter de santidad y belleza a cada acto de nuestra vida, será el testimonio más alto que podamos dar de la gloria del Redentor. Esa gloria está confiada a nuestras manos. Está confiada a nuestra custodia.

Viendo entonces, que es así, “¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!” (2 P. 3:11). Cuán exactos en los principios y rectos en la conducta, cuán alertas con el mal carácter y cuán vigilantes donde más se nos asedia, cuán bien despiertos a las artimañas del diablo y cuán alertas contra las intrusiones del pecado, cuán estrictos en todas las relaciones con el mundo y ¡cuán tiernos, caritativos, mansos y perdonadores en toda nuestra conducta con los santos! ¡Ay! En el mejor de los casos, no somos más que tenues reflectores de esta gran gloria de nuestro Señor. ¡Somos indignos e infieles depositarios de tan rico tesoro! ¡Cuánta debilidad persistente, de pecado no mortificado, de descuido de espíritu, de temperamento no santificado, de manipulación ante la tentación, de falta de estricta integridad y rectitud, oscurece nuestra luz, neutraliza nuestro testimonio de Dios y debilita, si no destruye por completo, nuestra influencia espiritual! No somos más eminentemente útiles porque no somos más eminentemente santos. Damos tan poca gloria a Cristo porque buscamos tanto la nuestra. Reflejamos un rayo de luz tan débil y vacilante porque nuestra postura es, tan rara vez, esa del ángel apocalíptico, “en pie en el sol” (Ap. 19:17). Nos damos cuenta de manera tan imperfecta de nuestra unidad con Cristo y de nuestra posición en Él; y esto siempre fomentará una profesión de cristianismo débil, infructuosa y decaída. “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn. 15:4).

¡Oh, si conociéramos más acerca de permanecer en Cristo! Mira cómo Jesús invita a sus santos a ello. ¿Están caídos? Les dirige a que se agarren de su fuerza. ¿Están cargados? Les dirige a que echen esa carga sobre su brazo. ¿Están cansados? Les dirige a que se reclinen sobre Él

para descansar. ¿Los persigue el mundo...? Él les dirige a que se refugien en el sagrado santuario de su propio corazón traspasado y amoroso. ¿Necesitan gracia? Él les dirige a que hundan su vasija vacía en las profundidades de la plenitud de su océano y obtengan gratuitamente “mayor gracia” (Stg. 4:6). Cualesquiera que sean las corrupciones que los angustien, cualesquiera que sean las tentaciones que los asalten, cualesquiera que sean las adversidades que los afligen, cualesquiera que sean las nubes que los oscurezcan, cualesquiera que sean las necesidades que los apremien, como el Pastor vigilante, como el Hermano tierno, como el Amigo fiel, como el gran Sumo Sacerdote, Él dirige a sus santos a que se acerquen y reposen en su amor.

Oh, Él tiene un espacioso pecho: ¡Hay lugar, hay una cámara en ese corazón para ti, mi lector cristiano! No pienses que tu suerte es desolada, solitaria y sin amigos. No pienses que todos te han abandonado, y que en la tristeza y en la soledad, estás avanzando a través de un intrincado desierto. Hay Uno que te ama, que piensa en ti, que tiene sus ojos puestos en ti y que, en este momento, te está guiando, sosteniendo y cuidando: ¡Ese uno es Jesús! ¡Oh, si pudieras mirar en su corazón y ver cómo te ama! ¡Oh, si pudieras oírle decir, tan suavemente, tan seriamente: “Permaneceréis en mi amor” (Jn. 15:10)! Anímate; estás en el corazón de Cristo y Cristo está en tu corazón. No estás solo: Tu Dios, tu Padre, está contigo. Tu Pastor te guía; el Consolador extiende sus alas a tu alrededor y el cielo brilla ante ti. Pronto estarás allí. El peregrino reposará sus cansados miembros; el navegante estará amarrado en su puerto de descanso; el guerrero se quitará la armadura y proclamará su canción de triunfo. Entonces, ¡alza la vista! Cristo es tuyo, Dios es tuyo, el cielo es tuyo. Si Dios está por ti, ¿quién puede estar contra ti? (Ro. 8:31). Y si encuentras desilusión en el bien creado, eso no hará sino que quieras más a Jesús; y si conoces más de la plaga interna, eso no hará más que conducirte a la sangre expiatoria; y si tienes tormentas y tempestades, ellas no harán más que acortar el viaje y llevarte más rápidamente a la gloria. “Gracias a Dios por su don inefable” (2 Co. 9:15).

Tomado de La profética gloria de Cristo en La gloria del Redentor
(The Prophetic Glory of Christ in The Glory of the Redeemer)
 (London: John F. Shaw, 1845), 117-123, de dominio público.



¿Qué será el cielo, sino ver la gloria de Cristo?

—Thomas Goodwin